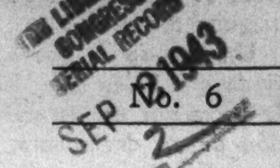
Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XL — San José, Costa Rica — 1943 — Sábado 13 de Marzo — No. 6

Año XXIV — No. 958

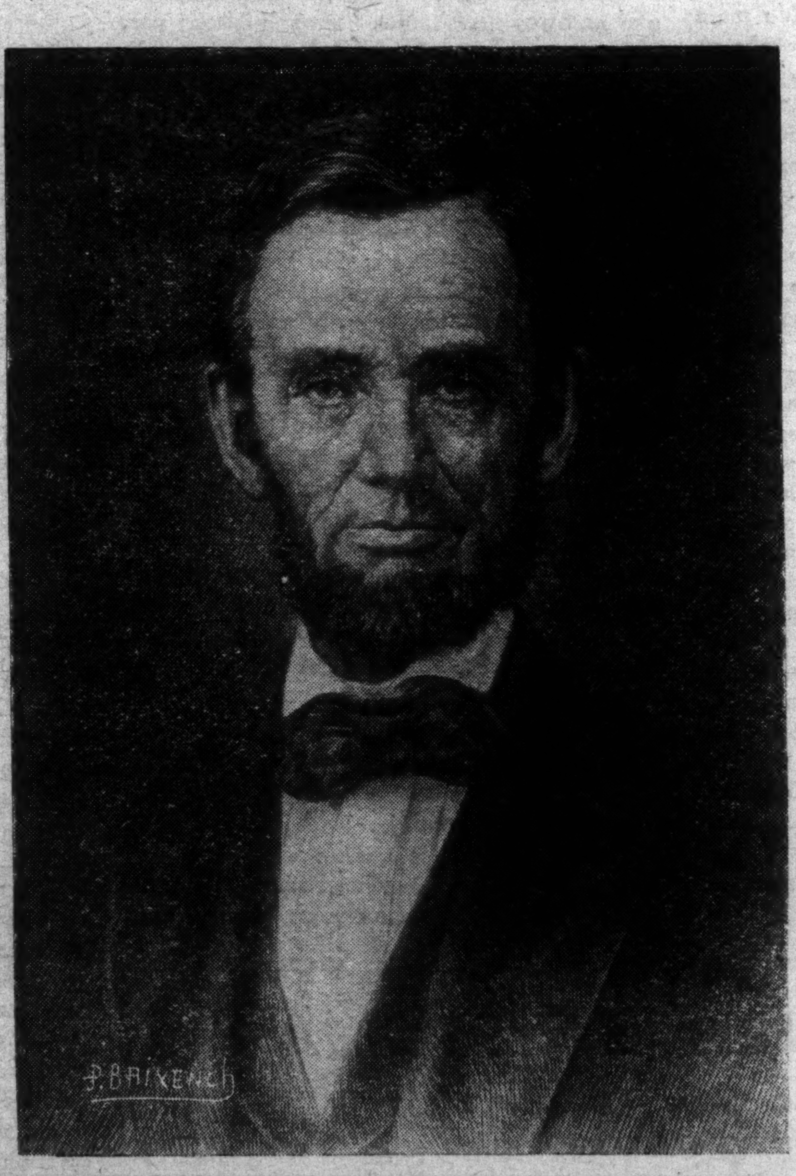


Contenido:

Motivos peruanos: — *Alfonso Orantes*
La Literatura actual del Perú .... *Estuardo Núñez*
Padre nuestro...! .... *María Rosa Macedo de Camino*
De cómo Rutsi salió de la selva .... *Carlota Carvallo de Núñez*
Página lírica .... *Infante Espino, Emilio Vásquez, Nicanor A. de la Fuente y Anaximandro Vega.*
Fragmento de *Ida y vuelta* .... *Hortensia Luna de la Puente*
Dos cronistas del Incario .... *Raul Porras Barrenechea*
Lincoln, abogado .... *Angel Ossorio y Gallardo*
Judaísmo y americanismo .... *Henry A. Wallace*
Protesta contra el folklore .... *Yolanda Oreamuno*
Versos nuevos .... *Alicia Prado Sacasa*
Waldo Frank en Chile .... *Magda Portal*
Henry Wallace y "el Reino de Dios" .... *Luis Alberto Sánchez*
Medallón español .... *Arturo Capdevila*
Un ataque a Lincoln .... *Ermilo Abreu Gómez*
Proclama ....
Noticia de libros.

Lincoln, abogado

(Del excelente bimensuario *Universidad de La Habana*. Nums. 24 y 25).



Abraham Lincoln

Amó la tierra en que había nacido, porque era su patria; pero más la amó por ser un país libre.—Abraham Lincoln.

La biografía de Lincoln, escrita por Emil Ludwig, constituye uno de los más interesantes documentos humanos en esta brillante serie de revelaciones (revelaciones de lo que todos debiéramos conocer y no conocemos) con que este particular género histórico ha venido a desbancar al cuento, a la novela y a todas las producciones meramente imaginativas. La realidad supera infinitamente a los mayores alardes de la fantasía. La vida de cualquier hombre medianamente destacado, es más sorprendente que la más desconcertante invención de aventuras.

Hay hombres que siguen una vida de frenesí dentro de un orden lógico. Así, Napoleón, modesto teniente de artilleros, es luego capitán, general, director de batallas, inspirador, y caudillo de grandes guerras, cónsul, emperador, déspota mundial. Reconociendo las enormes proporciones de tales avatares, ha de admitirse que desde el teniente hasta el tirano, existe una especie de escalafón. Godoy —otro pasmo de la fortuna— constituye un caso análogo. Perteneciente a una mesocracia modesta, es Guardia de Corps. Sube al lecho de la reina María Luisa, para llegar al cual no había demasiados escalones, y una vez abrigado en tan cómodo cobijo alcanza la ventura de todos los validos. (Don Alvaro de Luna, don Beltrán de la Cueva, Don Rodrigo Calderón, etc. etc.)

El caso de Lincoln es muy otro. Leñador ambulante, albañil, marinero, dependiente de comercio, agrimensor, cartero, ninguno de estos antecedentes permitía presumir que llegase a cuajar en abogado, carrera para la cual tampoco hizo nunca ningún estudio. A partir de ese instante, todo lo demás guarda cierto aspecto de normalidad. El abogado hace primero política local, más tarde, política general y llega, al fin, a la altísima dignidad de Presidente de su nación y a la consagración incomparable del asesinato. Entre pedir justicia y morir por ella, hay un nexo tan evidente como glorioso. Lo admirable es la evolución desde leñador hasta abogado. Esta última encarnación de Lincoln me inspira las breves consideraciones que quiero someter al lector.

Señalaré, ante todo, que "el buen Abraham" constituye la demostración más clara de la diferencia entre el jurisconsulto y el abogado. No es jurista ni presume de serlo. Ha leído unos pocos libros prestados y cuenta con un sentido jurídico nacido más bien de la intuición que de esas lecturas livianas. Para ser abogado por aquellos tiempos en Springfield no hacía falta examen alguno; bastaba una autorización legal. Lincoln acometió el empeño fiando en sus conocimientos de los hombres y de la vida. Esto es, realmente, lo difícil de dominar. Todo lo demás, se aprende.

Asociado a otro abogado más antiguo, empieza su actuación bajo la firma Stuard-Lincoln. El biógrafo describe la disposición de su ánimo con estas palabras: "No siente el goce especial del jurista, no tiene pasión por la lógica tortuosa de las leyes ni por el juego de ajedrez puesto en párrafos. Lo que le apasiona en su oficio es el sentimiento de la justicia y de los oprimidos". ¡Magnífica aptitud! No sólo magnífica sino insustituible y única. La abogacía es esencialmente calor del corazón, pasión por el bien. Quien, postergando esto, la concibe como un tecnicismo, corre gran riesgo de ser inútil o peligroso. Si tiene talento, cristalizará en ergotista; si no le tiene, degenerará en enredador.

Hay oficios que no se conciben sin que les inflame una pasión. El artista, el médico, el abogado, deben mirarse a sí mismos cual combatientes por altos ideales. Tras esa limpieza espiritual, el estudio es la herramienta necesaria. Esgrimir

la herramienta sin esa previa emoción, es algo así como enganchar una correa sin fin a un árbol de transmisión que no se comunica con ninguna máquina.

Un proceso en que Lincoln defiende a una viuda que había sido despojada de una suerte de tierra por un general mediante la falsificación de un documento, es el cimiento de su fama. El general, que ha sido, además, elegido juez de paz, amenaza a Lincoln y le difama, pero el terreno vuelve a poder de la viuda y Lincoln se hace popular, no sólo por el éxito, sino por haber sufrido persecución injusta.

Ampara luego a una compañía de cómicos cuyo trabajo habían logrado prohibir los puritanos. Derrocha ingenio en la defensa, no percibe honorarios y logra que las representaciones sean autorizadas.

Disuelta la primera asociación, establece otra con la firma "Lincoln and Herndon". Cunde por todas partes no sólo la fama de su bondad y su desinterés, sino también la originalidad de sus maneras. Dicen sus amigos que en el Tribunal era asombroso. "No tenía sistema, ni orden material, ni secretario, ni biblioteca, ni índice, ni libro de cuentas. Para guardar sus notas, las echaba en un cajón, o en un bolsillo, o en el sombrero (*). Pero aunque en el aspecto exterior todo parecía anarquía, en el interior todo era simetría y método. No tenía necesidad de mesa, pluma ni tinta. Llevaba su taller en la cabeza y realizaba su trabajo fiado solamente en la reflexión. Pronto el sombrero de Lincoln se hizo popular. En él guardaba letras y cheques. Un día escribió a un cliente para excusarse de un olvido. "Ante todo —le dijo— he tenido mucho que hacer, pero, además, guardé la carta de Ud. en mi sombrero viejo y como el mismo día me compré otro nuevo, perdí de vista su carta".

Por mucha admiración que Lincoln me inspire, no me atreveré a recomendar a mis jóvenes compañeros que imiten en este punto al gran Presidente. El desorden no es bueno para nada. Quizá pudiera vivirse en ese desconcierto bohemio cuando Lincoln ejerció y en la ciudad en que lo hizo. Hoy necesita el abogado una maquinaria compleja. No ya la mesa, la tinta y la pluma, sino abundante biblioteca, archivo bien dispuesto, auxiliares competentes, máquinas, ficheros, teléfonos. Nuestros estudios son complicados y costosos. Un abogado sin método y sin mecanismo de trabajo, puede ver frustradas las mejores aptitudes. Mas pasa con esto lo que con la técnica, que siendo tan importante, ocupa un lugar subalterno. No es necesario optar entre el orden y el desorden, pero si por acaso llegase tan duro trance, siempre será preferible una buena cabeza a un buen archivo.

En unas notas que Lincoln escribió para una conferencia sobre el derecho usual, constan estas excelentes ideas: "Procura, si es posible, que los litigantes se arreglen. Enséñales que el vencedor suele ser, de hecho, el verdadero vencido por lo que pierde en tiempo, honorarios y otros gastos. Como pacificador, un abogado tiene cien posibilidades de ser un hombre decente y además siempre tendrá bastantes asuntos. Regla general: no te hagas nunca pagar por adelantado los honorarios. Serías un hombre extraordinario si conservases después de esto, el mismo interés por el asunto. Admite, a lo sumo, un pequeño adelanto."

El autor de estas máximas se encontraría hoy muy satisfecho al advertir que han sido seguidas por la gran mayoría de los abogados del mundo. Hoy somos los abogados grandes arregladores de cuestiones. Vamos al pleito cuando no hay más remedio, pero después de haber agotado todos los elementos de la pacificación y la concordia. Es esto, ante todo, un deber de conciencia y ha de actuar primordialmente, sobre nuestro pensamiento y nuestra conducta. Pero, además, es una norma de conveniencia egoísta. Un vulgo corrompido piensa que nosotros necesitamos "armar pleitos" para ganar nuestra vida. La verdad es lo contrario. El crédito y el provecho de los grandes abogados no proviene tanto de los pleitos que ganan como de los que evitan y de los que renuncian a defender. Cuando cunde entre las gentes el convencimiento de que "Don Fulano no te engañará", "Don Fulano no te meterá en líos", "Si no tienes razón, Don Fulano te lo dirá claramente", la reputación de Don Fulano cobra asiento firme y su fama corre pareja con sus ganancias. Siempre es la paz mejor negocio que la guerra.

La advertencia relativa a los honorarios es asimismo atinada. Difícilmente hay profesión en que se trabaje de balde tanto como en la abogacía. La familia, los amigos, los correligionarios políticos y, en cantidad mayor, los míseros y desvalidos, llaman todos los días a nuestras puertas y nos encuentran solícitos a servirles sin interés ninguno. A veces arriesgamos clientela y crédito por navegar contra la corriente defendiendo un proceso que no ha de producirnos el menor lucro.

Con estas razones y aun sin ellas, habrá de reconocerse que hemos de obtener el legítimo fruto de nuestro trabajo. Lo que importa es que no compliquemos nuestro derecho con el derecho que nos está encomendado. Esta máxima se quebranta de dos maneras: una, mediante el pacto de *cuota-litis* que, identificando nuestro interés con el del cliente, nos puede privar de serenidad en el consejo y de pulcritud en la elección de medios defensivos; la otra, poniendo en salvo nuestro interés antes que el ajeno, con lo cual, conforme pasen los días, seremos más perezosos y tibios en el ejercicio de nuestra función. Lo más correcto es cobrar nuestros honorarios periódicamente en relación al trabajo realizado, de tal modo que nuestra personalidad económica viva absolutamente separada de la de nuestros defendidos.

Las condiciones profesionales de Lincoln eran no sólo sobresalientes, sino extrañas. Su enorme estatura, su fuerza física, su desaliño en el vestir, hacían de él un personaje singular en los estrados. Gran psicólogo y gran ironista, acorralaba a los testigos mentirosos a fuerza de ingenio y de picardía. Mezclábanse en él los trazos del poeta y del juez, del lógico y del moralista. Lento en sus movimientos, éralo también en sus concepciones y en sus palabras. Para justificarlo, decía: "El cortaplumas da vueltas muy deprisa pero rompe poco espacio en la madera. El gran cuchillo de caza, va lentamente, pero recorre un espacio mayor. Mi cerebro se mueve lento y con fatiga. No puedo expresarme tan de prisa como otros. La naturaleza me ha obligado a hablar lentamente.".

Su socarronería aldeana le llevaba a usar medios de defensa que hoy no concebimos. Cierta vez, un hombre rico había dado un bastonazo a otro sujeto y le había herido. Querellóse el lesionado y pidió diez mil dólares como reparación moral. Su abogado conmovió al Tribunal oponiendo la modestia del pobre al orgullo del rico. Lincoln, defensor de este último, al tomar la palabra se quitó la chaqueta, examinó atentamente un papel que tenía sobre su mesa y rompió a reír. Despertó con ello la curiosidad del público. Deja el papel, se quita la corbata, vuelve a leerle y ríe todavía más ruidosamente. Toda la Sala, magnetizada, le imita. Despójase enseguida del chaleco, renueva su mímica y las carcajadas son ruidosas y unánimes. Enseguida el abogado pide perdón al Tribunal y explica que aquel papel contiene la primera reclamación, que el querellante había estimado en mil dólares cuando sólo contemplaba la lesión sufrida en su honor; pero después la había graduado por la riqueza de su adversario y había añadido nueve mil dólares. Concede al reclamante unos cuantos cientos, cuenta un chascarrillo y gana el asunto.

Transcurre así su vida, aceptando sólo las defensas razonables, desechando las que no le convencen, olvidándose frecuentemente de su interés. Es, en suma, un abogado puro.

Llegado a Presidente de la República, se despide del oficio con pesadumbre y dice a su colaborador: "Deje Ud. tal cual está la placa de nuestro estudio. Mostremos a los clientes que esta elección no cambia en nada la firma Herndon y Lincoln. Más tarde, si vivo, todavía volveré y continuaremos ejerciendo nuestro oficio de abogados".

No volvió. La historia lo tenía designado para defender dos pleitos enormes: la abolición de la esclavitud y la unidad de los Estados Norteamericanos. Sus adversarios, los partidarios de la esclavitud y de la secesión, eran poderosos, fortísimos, se apoyaban en una cosa terrible e ingente que se llama "derechos adquiridos", y le atacaron por todos los medios, incluso los más innobles. El volvió a utilizar sus modos de abogado: la pasión por la justicia, la energía en el combate, la comprensiva bondad, el perdón de los agravios, el ingenio, la gracia, la fuerza persuasiva de la palabra. Noble empresa y nobles armas. Triunfó en los

(*) He conocido un inteligentísimo abogado sevillano que llevaba un archivo de la misma manera.

dos litigios. Como abogado, percibió los honorarios máximos, primero, el asesinato; después, la inmortalidad.

Un biógrafo suyo, Mr. Francis Grierson, le presenta como personificación del misticismo en la vida política. Bien visto está, pero conviene completar la semblanza. Personificó el misticismo y la abogacía. No se puede defender la libertad de los hombres y la unidad de los pueblos sin sentirse iluminado por algo sobrenatural, por algo que, efectivamente, puede calificarse de pasión mística. Pero es que en todas las empresas de la abogacía ocurre lo mismo. ¿Cómo protestar contra las injusticias del Poder, contra la incomprensión de las colectividades, contra los errores de una investigación judicial, contra los abusos policíacos, contra el despojo del débil por el fuerte, contra la presión ejercida sobre el inocente, si no se tiene el alma encendida por una pasión fervorosa hacia esa diosa siempre adorable y casi siempre inasequible, que se llama la Justicia?

Yo invitaría a todos mis compañeros a repasar su historia y estoy seguro de que cada cual podría contarnos docenas de casos en que tuvo bravamente empeñado el corazón.

Los políticos necios del tipo napoleónico, suelen abominar de los abogados, juzgándolos simples charladores, en cuyas manos se pierden, pulverizadas, las fuerzas del Estado. Tal falsedad permitiría amplias refutaciones. Mas no es ocasión de hacerlo en este trabajo. Para terminarle, sólo diré que también los abogados, por ser abogados y por sus modos de abogados, pueden ser salvadores de pueblos. El emperador Napoleón III y su vencedor Bismarck perdieron a Francia. La salvó el abogado León Gambetta. Los intereses multiseculares de los esclavistas trataron de romper y deshonrar la Historia y el sentido de humanidad, en la guerra de secesión. Los derrotó otro abogado: Abraham Lincoln.

ÁNGEL OSSORIO Y GALLARDO

Buenos Aires, agosto de 1939.

Judaísmo y americanismo

(Tomado del mensuario *Judaica*. Buenos Aires, septiembre de 1942).

Los cristianos de esta tierra comparten con los judíos la tradición de los profetas. A diferencia de los reyes y de los sacerdotes, la mayoría de los profetas eran progresivos en asuntos religiosos, políticos y económicos. Una de las excelencias de la Biblia está en que conserva fielmente el insurgente espíritu de los profetas. Las religiones judía y cristiana, conservando cuidadosamente el mensaje de los profetas, han conservado el espíritu de crecimiento, tan vital para la salud de toda religión.

El choque entre el sacerdote y el profeta—Amaziah y Amos—era la lucha sin fin entre el estancamiento y el progreso. Amos predicaba la justicia económica, y el pueblo reunido en la nave del templo no podía obtenerla. La Batalla de Amos caracteriza la lucha milenaria entre el pueblo pastoral judío y los cananitas de la ciudad. Los judíos que pasaban a la ciudad adquirían hábitos urbanos, pero las prácticas comerciales de la ciudad les chocaban profundamente. El banco y el mercado parecían ser creaciones de Baal. En Samuel se dice que David era el caudillo de "todo desheredado, todo el que se hallaba en deuda... y descontento." David era el dirigente de una revolución social.

Ezequiel proclamó que todos los que practicaban la usura deberían morir. El vio una situación económica, social, política e internacional tan desiquilibrada, que sólo pudo predecir la destrucción. Su profecía se cumplió. Nehemías, el acaudalado superintendente de la reconstrucción de Jerusalén, habla de los judios cuyos bienes estaban hipotecados, los cuales clamaban contra los judíos acomodados.

En todo el Viejo Testamento es evidente que la justicia de Jehová, a diferencia de la Justicia de los Baals de los cananitas, era de una clase que los pobres y los campesinos agobiados por las deudas podían comprender fácilmente. En la antigua Palestina, como en China, la India y las Filipinas de hoy el prestamista exigía intereses hasta de 40%. Una estación de mal tiempo podía costar a un hombre sus hijos y aun su libertad. Era imposible que la capacidad de producción aumentara en la proporción en que aumentaban las prestaciones de los usureros. De aquí el año sabático y el año del jubileo. La cura propuesta no era científica, pero el análisis del mal era profundo.

Existe una perenne batalla económica entre los que manipulan el dinero para prestarlo y los que producen artículos de consumo y tienen que pedir prestado.

El más amargo destino de los antiguos judíos estaba, probablemente, en ser vendidos por deuda en el mercado de esclavos. Sin embargo, era posible la redención. La nación judía experimentó más de una vez este proceso de esclavitud y redención. Fueron rescatados de su cautividad en Egipto y en Babilonia; la historia de los judíos es, repetidamente, la historia de la redención. Originariamente, la idea del Dios Jehová era muy estrecha. Los antiguos hebreos lo consideraban, sin duda, como un dios tribal; esperaban que fuera superior a otros dioses. Pero luchando con los problemas, cada vez más complicados, de la vida, los judíos llegaron a mirar a Jehová como el Dios de todo el mundo, el redentor de toda la humanidad.

Los actuales son tiempos de borrasca para judíos y cristianos por igual. Y en tales tiempos volvemos el pensamiento hacia el Dios de nuestros padres y hallamos los grandes mandamientos, que nos mandan amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos.

Existe muy poco de común entre el espíritu militarista prusiano y las tradiciones de judíos y cristianos. El espíritu militar-imperialista prusiano exalta lo que América aborrece. Nosotros odiamos la idea de un Estado hecho dueño y señor. Para nosotros el individuo es sagrado. El imperialismo prusiano cree que los individuos no tienen más poder que el que les otorga el estado.

El espíritu de la democracia está de perfecto acuerdo con los principios religiosos judíos y cristianos. La democracia, tal como yo la veo, tiene estos siete elementos:

1) Acción basada en la voluntad de la mayoría, después de que el pueblo ha tenido la oportunidad de informarse de los hechos reales.

2) Libertad de expresión, de prensa, de arte, de ciencia y de religión.

3) Estabilidad, orden, y evitación de derramamiento de sangre, violencia y anarquía.

4) Promoción de un bienestar estable, pero ascendente y general, por medio de la creciente productividad del pueblo y la distribución, tan equitativa como sea posible, de los ingresos, sin destruir los incentivos.

5) Creencia en el individuo como algo sagrado, y en las ilimitadas posibilidades del hombre y de la naturaleza.

6) Una fe gozosa en un futuro progresivo basado en los esfuerzos inteligentes y constructivos de todo el pueblo para servir el bienestar general.

7) Tolerancia y humor al reconocer el derecho de todos los hombres a ser diferentes.

Cuando la democracia está amenazada hay que sacrificar por algún tiempo muchos derechos individuales al estado democrático para evitar la peor suerte de ser sacrificados al estado imperialista. Justamente porque amamos la paz y la democracia tenemos que ser realistas en el sentido de comprender las fuerzas definitivas que determinan la paz, la justicia y la democracia.

A la larga, el verdadero peligro para la democracia esta en nuestros propios corazones. Aunque nosotros, en los Estados Unidos, hemos alcanzado un grado bastante alto de democracia política, hemos hecho muy poco por perfeccionar una genuina democracia económica. En este esfuerzo, los países escandinavos (por medio de corporaciones, cooperativas, gastos del gobierno y cálculos presupuestales) nos han sobrepasado. Esto fue posible debido a su reducida extensión y a la uniformidad de sus elevados niveles educacionales y la similitud de la instrucción en todo el pueblo. La democracia implica educación y devoción a unos ideales comunes. La genuina democracia económica no puede ser simplemente verbal. Tiene que trabajar continuamente en el problema de la creciente producción de riqueza y la más equitativa distribución de esa producción acrecentada. La manifestación de nuestro amor a Dios en esta tierra es el servicio al bienestar gene-

ral, no un servicio impuesto por el Estado, sino un servicio que brota espontáneamente del corazón.

En los últimos años se han hecho muchos esfuerzos por dar forma corpórea al mensaje espiritual de los profetas. Los movimientos cooperativos de Suiza, Escandinavia y Holanda representan esos esfuerzos. El establecimiento sionista en Palestina es otro esfuerzo similar. Y lo mismo, creo yo, muchos de nuestros propios esfuerzos dentro del *New Deal*, tales como la Farm Security y las Self-Subsistence Homesteads. En todas partes el pueblo desea llevar una vida sencilla y cooperativa de trato honrado con el vecino.

La democracia del futuro tendrá sus raíces no sólo en la mejor literatura sagrada del pasado, sino también en la ciencia. El geneticista, por ejemplo, se unirá al Señor en la apreciación de las posibilidades de todos los pueblos del mundo. Como promedio, los hijos de los pobres tienen aproximadamente las mismas posibilidades potenciales que los hijos de los ricos. El pueblo de una raza tiene la misma capacidad innata que el pueblo de otra raza situada en la misma latitud. Este es un desafío a la doctrina de la superioridad racial, pero una buena señal de democracia verdadera.

La historia nos dice que es peligroso no llevar a cabo la democracia económica. Josefo escribe que en el año 70 de nuestra era la nación judía llegó a su fin porque los judíos más pobres sentían que podrían enderezar sus entuertos económicos asaltando los archivos y quemando sus hipotecas. De aquí resultó la anarquía, y los romanos dispersaron a la nación judía. Los deudores descontentos tuvieron un papel importante en la creación del reino de David. En un caso, se obtuvo un resultado constructivo; en otro, la anarquía y la destrucción.

Los judíos del tiempo de Jesús no tenían la responsabilidad de gobernar su propia nación. De aquí que, bajo el dominio de César Augusto, los judíos pudieran sólo ocuparse de los desheredados, y sobre una base local muy sencilla. Hoy el problema del bienestar general es mucho más que un problema local. En tiempo de los profetas los judíos tenían mucha mayor responsabilidad en los asuntos internacionales que en el tiempo de Jesús. Jeremías profetizó un gran cataclismo internacional; su perspectiva era como la nuestra en la actualidad. Su lucha de entonces y nuestra lucha de hoy no son fundamentalmente contra las influencias individuales (sean ellas Baal, Moloch, socialismo o paganismo), sino contra los poderes de las tinieblas, el espíritu de la opresión, el mal y la injusticia incubados en altas esferas.

Miqueas pintó el triunfo final de la paz, la democracia y la justicia. Tanto el viejo como el nuevo Testamento están entretejidos con los ideales de nuestra democracia. La visión de Miqueas, de una tierra poblada por hombrecillos cultivando sus propias haciendas, hombres libres de poder adorar a Dios a su modo, su visión de la compasión hacia los pobres y los afligidos será una inspiración para cien generaciones venideras todavía. Si el fuego de la visión se conserva vivo, vendrá el día en que los ecomismistas y los constructores del estado le darán forma corpórea. Entonces tendremos una verdadera democracia económica, adecuada para servir al Señor, porque todo ciudadano llevará escritas en su corazón la alegría y la comprensión del bienestar general.

HENRY A. WALLACE

Washington, 1942.

Protesta contra el folklore

(En el *Rep. Amer.*)

Hace bastantes días estoy tratando, con la mejor buena voluntad, de terminar una novela —muy buena, dicen muchos—, de asombrosa la califica la crítica, que ha agotado, definitivamente, mi paciencia.

En el renglón de los libros que pretenden tocar con las manos desnudas el problema agrario americano, el dolor indio y la explotación del campesinado, este libro es no sólo veraz, sino completo y, a veces, hasta brillante. A pesar de concurrir en él algunos absurdos literarios como la presencia de una Dama de las Camelias, tísica y rolliza, y un Robin Hood de estampa rudimentaria, examinando la razón estética con serenidad, puedo reconocer que el libro es. . . bueno.

Sin embargo, para llegar a esta conclusión he tenido que violentar algo poderoso en mí, una oposición tenaz y definida que me impide terminarlo con felicidad y exhalar al final una exclamación satisfactoria o conmovida. He urgado entonces con paciencia dentro de mi misma para concretar el origen de esa violencia, y creo poderla razonar.

El ciclo de literatura folklorista americana escala cumbres de magnitud insospechada, se extiende poderoso por muchas décadas, y deje grabados, con caracteres luminarios, nombres que no repetiré por ser de todos bien conocidos. Cada nacionalidad ha sentido el imperativo histórica de lanzar la verdad dolorosa que penan, respectivamente, el indio, el cholo, el campesino, el mestizo y el criollo. El léxico se hincha con palabras de mucho *atl, iztl* y *chua;* aprendemos giros lingüísticos y palpamos el dolor a pie descalzo, mano callosa y mente primitiva. El genio trabaja sacando de la sombra figuras humildes que adquieren a su toque verismo y colorido. Y así por mucho, mucho tiempo, a través de múltiples manifestaciones artísticas. De cada grupo étnico americano salen una o varias voces magníficas.

La eficacia y bondad de esta labor, ocasional o conscientemente orientada, no existe para ser discutida. Al calor de este grito desgarrador se ha sacudido la conciencia, a su impulso han nacido generosas iniciativas, y han cuajado unas cuantas preciosas realidades. La literatura costumbrista americana, vigorizada en el dolor, plena de individualidad, es un hecho cumplido.

Pero yo estimo que el climax de saturación ha llegado y acuso a la literatura folklorista de unilateralidad. Considero que más folklore, visto como única corriente artística posible en América, significa decadentismo. Si al escribir nuestros autores sienten pujos redentoristas, ahí está la industrialización que llega a pasos magnos con toda su secuela de penurias, crisis y grandiosidades; ahí está la cruenta adaptación de nuestros pueblos mestizos, polifacéticos y fantasiosos, a la realidad mecanizada científica. En pocas carnes puede producirse con más desgarramiento el trasplante de la molicie a la actividad forzada, de la ensoñación al conocimiento inesperado, que en nuestra carne americana. Ha de ser más cruel la rebelión contra la faz anónima del progreso inmisericorde, que contra la persona palpable del explotador criollo o del capataz a medias civilizado. Esto para el que siente el motivo literario en el dolor. Y si nos rendimos ante la belleza, el paisaje urbano, ubicado a veces en el corazón de un mundo lujurioso de verdor y ferocidad primarias, alcanza relieves plásticos de inconcebible brillantez. La vida civilizada de nuestro Continente, (no aparte del indio, del campesino o del criollo), pero de la mano con él, es tan rica y digna de contemplarse como el panorama que ofrece el exclusivista tipicismo.

Nuestros escritores, con muy contadas y la mayor de las veces pobres excepciones, no se dignan salir de una cuenca que ya, después de tanto trabajada, resulta fácil literaria y emotivamente. En el terreno a-sentimental moderno, es muy duro arrancar una lágrima al público insensibilizado por la vecindad de la tragedia. Pero el cuadro remoto, lejano, del campesino, en el cual el lector de la ciudad no tiene directa ingerencia y cuya culpabilidad difícilmente le alcanza, conmueve sin remodimientos y por tanto con más soltura. Todo eso debía ser ya demasiado simple para tentarnos.

Por otra parte, la ciudad, el empleado, la burocracia creciente, el sibatirismo semi-oriental de nuestra burguesía, el arraigo seguro de tendencias y modalidades antes muy europeas y hoy muy yanquis dentro de nuestras respectivas nacionalidades claman por un cantor, por un acusador, por un rebelde y por un descubridor de bellezas nuevas y de viejos dolores. La idiosincrasia particularísima de nuestro obrero, tan tristemente amoldado a la fábrica y de una pobreza ingénita para asimilar ese ritmo, demandan, con toda la fuerza de

una realidad existente, la mano poderosa, fiel y genial que los retrate.

Con el factor "exceso de folklore" hacemos propaganda a un elemento de nuestra sociedad, que con ser muy poderoso, no es único, y alimentamos los mitos del extranjero dominador y su avidez tradicional.

Literariamente, confieso por mi parte, que estoy HARTA, así, con mayúsculas, de folklore. Desde este rincón de América puedo decir que conozco bastante bien la vida agraria y costumbrista de casi todos los países vecinos, y en cambio, sé poco de sus demás palpitantes problemas. Los trucos colorísticos de esa clase de arte están agotados, el estremecimiento estético que antes producían ya no se produce, la escena se repite con embrutecedora sincronización, y la emoción huye ante el cansancio inevitable de lo visto y vuelto a ver.

Es necesario que terminemos con esta calamidad. La consagración barata del escritor folklorista, el abuso, la torpeza, la parcialidad y la mirada orientada en un solo sentido que equivalen a ceguera artística. Creo que en adelante me negaré a considerar poemas, cuadros y libros que insistan con semejante necedad en el tema. Haré un postrer esfuerzo para finalizar el libro origen de estas conclusiones en la esperanza de que sea el último que me encuentre por lo menos en algún tiempo, ya sea bueno como éste, o malo como los más.

Quisiera que mi deseo alentara unas cuantas inquietudes y fortaleciera la protesta que tal vez otros como yo se hayan planteado sin atreverse a concretarla. Doy las gracias al folklore por lo que ha rendido, lo saludo como una gloria pasada, y espero el aliento renovador de obras paraleladas con el moderno movimiento americano, para rendirles homenaje desde un porvenir literario mejor.

YOLANDA OREAMUNO

Costa Rica, marzo del 43.

Versos nuevos

(En el *Rep. Amer.*)

Por ti

Voy por el sendero deshojando rosas...
A todos los vientos llevaré la unción
de pétalos albos; a todas las cosas
untaré de un suave soplo de Saharón.

Florida en la dulce flor de tu Doctrina,
ceñiré de rosas todos los senderos.
Verás, aromada con mi fe, la espina
besar la sandalia de tus Misioneros.

Ceñiré de rosas todos los barrancos,
todos los abismos, todos los pantanos...
Todo el mundo tuyo vestirá de blancos
pétalos llovidos por mis albas manos.

La ronda

Las manitas apretadas
y los bracitos abiertos
va la ronda de mis niñas
girando bajo los cielos...

Como la más pequeñita
tiene un albor de lucero
en su piececito blando
se ha despetalado el viento.

Y no se mueven las ramas,
todo se ha quedado quieto
para que giren y giren
los zapatitos viajeros...

Flota una paz de banderas
en los ricitos aéreos
y hay una armada de fiesta
en los ojos marineros.

La mariposita tonta
se alejó llena de miedo
pero el surtidor amigo
se declaró prisionero.

Va la ronda de mis niñas
girando bajo los cielos
las manitas apretadas
y los bracitos abiertos...

Octubre, ¿dónde has ido?

Octubre, ¿donde has ido?
¿Cómo encontrar tus huellas?
¿Bajo qué barro arraigas,
sobre qué nube vuelas?
A tus vientos gitanos
ataron la cadena
del tiempo, y los llevaron
a la danza de piedra.
Cómo estará sonando
tu música suprema
en las notas sonoras
de sus alas inmensas...
Octubre, ¿dónde has ido?
¿Cómo encontrar tus huellas?...
Pienso yo que tus ojos
copiaron la tristeza
de mi canción errante
por las rutas secretas,
mientras Noviembre enflora
tus dulces horas muertas...
Octubre, ¿dónde has ido?
¿Cómo encontrar tus huellas?
En tus soles lejanos
mis lágrimas se queman.

Cruz Roja

Procura dormirte..., ya todo ha pasado.
Huyó desbandada la turba extranjera;
y el beso del triunfo, Dios sea loado,
se anida en las ondas de nuestra bandera.

Sí, yo lo sabía, mi bravo soldado:
luchaste soberbio, con mano certera,
y es noble el orgullo de hallarme a tu lado
rizando la seda de tu cabellera.

Pero no te muevas que sangra la herida,
y ha sido un milagro salvarte la vida.
Déjame enjugarte con mi delantal,

y cierra los ojos, sumiso, risueño,
que amorosamente velaré tu sueño
diciendo muy quedo La Marcha Triunfal...

ALICIA PRADO SACASA

León de Nicaragua, 1942.

Waldo Frank en Chile

(En el *Rep. Amer.*)

Acaba de ausentarse después de unos pocos días de permanencia en Chile, ese espíritu inquieto que es Waldo Frank. Ha dictado cuatro conferencias que han sido cuatro lecciones de filosofía y se ha marchado. La crítica ha estado contradictoria. Hay quienes se han convertido en sus detractores, por lo que dijo y por lo que no dijo, y otros en aduladores del pensador, del poeta, del filósofo que hay en Waldo Frank. La verdad es que ha inquietado, y como dijo él mismo de su paso por Buenos Aires, difícilmente será olvidada su palabra.

Waldo Frank es uno de los preocupados por el drama —tragedia— que vive el hombre de estos días. Pero no el preocupado superficial o espectacular, sino el preocupado profundo y a la vez dinámico que quiere por medio de la prédica constante, llamar a los espíritus a la acción. Porque el momento no es de espectativa, ni de cómoda indiferencia, ni de dejar hacer. El momento es de acción, dura, tenaz, enérgica, poniendo todas las potencias físicas y espirituales para conjurar la crisis que atraviesa la humanidad y sacarla adelante.

Sin que me equivoque, es la primera vez que en Chile —en esta época, que yo sepa— se escucha un verbo de la calidad y con el tono admonitivo con el cual se ha expresado Waldo Frank. Para algunos, retóricos, o para otros, ahitos de ciencia infusa, filósofos materialistas, catedráticos de rancia y monolítica sabiduría, las conferencias de Waldo Frank fallaban en sus bases filosóficas y doctrinarias o dialécticas. Para algunos, pecaban de confusionistas, elevándose hacia un espiritualismo que linda con el ocultismo, ya que Waldo Frank insiste en la necesidad de que el hombre armonice con el hombre y con el cosmos y que busque en él mismo la razón de su triunfo y de su fracaso, y del triunfo y del fracaso de la humanidad.

El hombre de la época actual, utilitaria y mecanicista, que ha erigido un dios de hierro, no puede tener sino un corazón y una mente de hierro. El hombre de esta época que marcha empujado por el imperativo del poder y por la ambición del dinero, no puede tener sino un corazón y una mente estratificados por el incentivo del poder y del dinero. Es fácil, pues, que cuando suenan palabras por encima del nivel chato de los ideales modernos, resulten extemporáneas, confusionistas, hasta reaccionarias.

Pero la verdad es otra. La verdad es que esta época capitalista que culmina con esta hecatombe brutal, destructora de una civilización —decididamente anti-humana— no puede encerrar jamás el ideal supremo dentro del cual sea posible la realización de la felicidad humana o de la finalidad del hombre.

La verdad es que el mundo ha caminado tropezando de error en error y que no han sido las luchas de clase, violentas y sangrientas, no ha sido el odio de los hombres entre sí, ni las diferencias políticas, ni los credos sociales o religiosos, los que han traído un derrotero para encontrar la clave del hombre, la que indique el camino por el cual se puede llegar a la armonía.

La soberbia de los enriquecidos o de los ennoblecidos de otros tiempos, puso el puente de distancia entre los seres humanos y ahondó las categorías hasta convertir en parias a los unos y en reyes y nobles a los otros. El capitalismo, destronando reyes, erigió a su vez a los plebeyos en poderosos y les dió dominio sobre sus semejantes, débiles y desposeídos. Pero el desequilibrio persistió y el dolor se hizo grito agú-

do. No obstante, no fué el dolor de los oprimidos lo que levantó los vientos de protesta; fué la ambición de poder y el ansia de acumular más dinero lo que hizo hoy y siempre, las guerras entre pueblos.

"No eximo a ninguna nación de la responsabilidad de esta guerra", ha dicho Waldo Frank en una de sus conferencias, donde analizó y condenó el actual sistema político y social del mundo, con su falsa democracia. Y en verdad, ¿cuál que se sienta sin culpa podría lanzar la primera piedra? Porque la guerra se ha generado en el corazón del sistema capitalista mismo, como un resultado de su lucha por mercados, de su ambición de expandirse, de su ceguera para saber repartirse *generosamente* el mundo entre sí. La guerra vivía en el corazón del capitalismo y tarde o temprano tenía que estallar.

Por eso Waldo Frank condena a todas las naciones capitalistas sin excluir a ninguna y las señala como las engendradoras de este castigo tremendo que soporta la humanidad.

Pero toda la culpa no es precisamente de los fabricantes de armas, ni de los grandes industriales, banqueros, trusts internacionales, etc., etc. Hay quienes tienen también, su parte, y grande, en la producción de esta catástrofe, en la generación de este cáncer que está corroyendo el organismo humano.

Son los intelectuales, son los filósofos, son los hombres de pensamiento que tienen la dirección espiritual del mundo. Sobre ellos ha pesado o la comodidad o la indiferencia o la propaganda falaz de una prensa comprada por los magnates de la banca y del comercio, a quienes interesa agitar éste o el otro sentimiento nacionalista, popular, antirracista o racial para tener mayores ganancias en sus productos de exportación: armas, petróleo, máquinas. Son los hombres de visión y de conciencia lúcida que, una vez más, han sido ciegos y sordos para ver más allá de lo señalado por esa prensa mercenaria, nunca más nefasta que ahora, y oír el rumor de destrucción que iba germinando en la tierra.

¿Cuál ha sido la misión y la acción de los intelectuales? Refundirse en su egocentrismo estéril o plegarse a tal o cual credo político o social, y convertir el caos en más caos. Cerrar el entendimiento a la razón ajena y convertir el odio en una hoguera atizada por la intolerancia y el fanatismo. Grabar en sus mentes las consignas lanzadas por esta o la otra empresa comercial, disfrazada de ideológica, para repetirlas en ditirámbicos discursos o en vibrantes poemas que encendieran el entusiasmo de las multitudes y les hicieran creer digno y noble el acto de asesinar al hermano o de odiar al compañero de ayer.

La clase intelectual, dividida, rencorosa, partidista de tal o cual fracción, no ha sabido tomar su verdadera altura y descendiendo a la arena política, se ha mezclado con el vulgo, formado parte de la masa y respondido a sus oscuros impulsos instintivos.

Le ha faltado visión y valor. Vale decir, ha fracasado. Ha sido incapaz de discernir y tomar la delantera para guiar. Se ha dejado guiar por los líderes políticos en quienes no había altura sino chatura mental, individualismo, sórdido egoísmo. Y tan pronto ha proclamado las excelencias de tal o cual doctrina o condenado las del grupo vecino, sin comprender que el hombre busca un camino de superación y que este camino, vaya por donde vaya, tiende a la misma meta.

La crisis del mundo envuelve por igual en su responsabilidad, a los intelectuales, así como envuelve a la juventud. Una juventud sin ideales, sin principios, sin generosidad, sin el ímpetu de toda juventud, es el paralelo que puede oponerse a la clase intelectual de esta época, dividida, adversaria de sí misma, sin ideales y sin finalidad. Por eso la crisis que atraviesa el mundo es la obra conjunta y solidaria, tanto de los magnates del capitalismo —los amos del dinero— como de los intelectuales, los pensadores, los filósofos, los sabios y enciclopedistas, los artistas y los poetas. Todos han puesto, cual más cual menos, su parte de colaboración para encender la hoguera en que están devorándose obras y pensamientos, hechos y hombres de una Epoca que periclita y que nadie sabe si podrá ser superada.

Como los antiguos profetas del Viejo Testamento, los Isaías, los Enoch, que anunciaban al mundo cataclismos horribles en castigo de sus pecados —el pecado del hombre actual, contra sí mismo, contra su naturaleza y su finalidad— la voz de hombres como Waldo Frank suena a condenación, a acusación, pero también ha llamado a la superación. Es la voz del que, pese a vivir en uno de los medios sociales menos propicios del mundo, ahogado por el estrépito de las máquinas y el vertiginoso rodar del progreso mecánico, ha sabido distinguir el bien del mal y escuchar la voz de su *propia* conciencia.

No como pacifista en este mundo en guerra, donde hay que luchar, ni como propagandista de una acción bélica, fatal hasta destruir el mayor mal dentro de los grandes males que sufrimos, pero sí como el admonitor que agita las conciencias y las llama a agruparse para hacer sentir la fuerza del espíritu sobre la fuerza bruta que hoy nos domina y construir nuestra paz, la del mundo, la de nuestra propia conciencia, después de ganar la guerra profunda contra nuestra responsabilidad de haber sido los generadores de esta guerra abierta, vertical y sin cuartel.

Así ha sido la palabra de Waldo Frank, de una conciencia despierta y responsable.

MAGDA PORTAL

Santiago de Chile, setiembre de 1942.

Henry Wallace y «El Reino de Dios»

(En el *Rep. Amer.*)

Hemos escrito varias veces en torno a Henry A. Wallace, el actual Vice-Presidente de los Estados Unidos. Nos impresionó tanto o, tal vez, más que el propio Presidente Roosevelt. Si el uno es el Capitán General de la campaña antifascista, en lo exterior e interior, el otro es el apóstol de ella, y, por tanto, sin las ataduras del político, puede encarar con mayor libertad el porvenir. Su crítica no posee el poder efectivo de cada discurso de Roosevelt. Pero, en cambio, tiene una capacidad de inquietar y sugerir tal vez más honda. Por otra parte, los enemigos de ambos son casi los mismos. Con una diferencia, que Roosevelt tiene un sentido casi cinegético de la oportunidad, de la maniobra, y Wallace, al revés, se robustece a base de vivir aparentemente fuera del tiempo aunque, en realidad, su tiempo es el futuro.

A los sudamericanos nos interesa de modo particular Wallace. A los europeos mucho más Roosevelt. Es curioso observar cómo ambos hombres se completan. Porque si Roosevelt encarna la esperanza de los pueblos ocupados, Wallace representa la más segura prenda de los pueblos "influenciados". En otras palabras: Roosevelt personifica el apoyo a los países que sufren por causa de poderosos distintos a los Estados Unidos; Wallace, al de los que han tenido que soportar o soportan los efectos de la interferencia norteamericana. Hasta en un simple detalle se ahonda tal diferencia: Roosevelt habla francés, muy poco castellano; Wallace es un hábil conocedor de nuestro idioma.

¿Donde y cómo se reconoce esta actitud de Wallace?

Muchos son los que han comenzado a trabar amistad con él a través de su difundido discurso del 8 de mayo en la segunda reunión de "Free World Association" de Nueva York. Tuvimos la fortuna de escucharlo entonces, pero confesamos que ese discurso (culminación de una larga campaña, y que motivó serias críticas de parte de los sectores que no le perdonan jamás su apostolado tan reñido con el criterio usual de la política) sería inexplicable si no se conociera su actuación anterior.

Wallace es, en apariencia, el prototipo de un criterio menos norteamericano que *americano* en los asuntos hemisféricos. En verdad, desde un ángulo exacto y previsor, de él, quizá por primera vez en hombre de tan alto sitial, brota un pensamiento claro y concreto para identificar los destinos de todo el Continente. Si con Roosevelt surge la palabra *Inter América* (con tanta o más frecuencia que la discutida de Panamérica), con Wallace la palabra se hace consigna y, por tanto, método de acción. El no cree que su país pueda jamás volver a su antiguo soberbio aislamiento, versión continental del aislamiento isleño de Inglatera. El cree què, en adelante, Estados Unidos no podrán prescindir nunca de convivir con el resto de la humanidad, en especial con "América Latina".

La extracción social de ambos hombres explica en gran parte esta dualidad. Roosevelt desciende de una acaudalada familia neoyorquina (hoy propietario de una nueva casa, simbólicamente situada en el corazón mismo del Nueva York tradicional, en *Washington Square*, el eje del *Greenwich Village*, barrio de bohemios y de Mr. President ahora), mientras que Wallace vivió en comarca de *farmers*, pegado a la tierra. Aquel, más occidental, según se dice, aunque, en realidad, más oriental, puesto

que proviene de la zona Este; el segundo, más americano, más adherido al agro, en pleno corazón del país. Roosevelt cree en el poder del hombre, ayudado por Dios. Wallace cree en el poder de Dios, secundado por el hombre.

Si un político sudamericano mencionara, como lo hacen estos hombres, el nombre de Dios, sería tenido por beato, por iluso, por lírico, es decir, según nuestro inveterado y rastrero prosaísmo, por un idealista inerme y estéril. Nada de esto ocurre en el caso de Wallace. Cuando él asevera, como lo subraya *Fortune* en su número de noviembre último, que "el reino de Dios es posible sobre la tierra", no hace otra cosa que afirmar la posibilidad de que, en el mundo, impere la justicia y que, en consecuencia, no haya ningún obstáculo invencible para que se cumplan las Bienaventuranzas del Sermón de la Montaña. Es decir, que la tierra sea de los "pobres de espíritu", de los que tienen espíritu de pobreza, de los humildes y trabajadores, o, en términos de su discurso de mayo: del individuo común, del hombre de la calle.

Ya en un artículo definitivo al respecto, publicado en *Atlantic Monthly* de marzo de 1942 (reproducido en castellano por *La Nueva Democracia* de Nueva York, el *Repertorio Americano* de Costa Rica y muchos otros diarios y revistas), planteaba Wallace sus conclusiones concretas sobre las relaciones entre las dos Américas (Inter-América, por consiguiente). Y avanzaba sobre la urgencia de preparar ya las bases del mundo que viene. Uno de sus argumentos, el primero de todos, dio repentina celebridad a aquel artículo. Si discutimos desde ahora sobre la paz venidera, dijo, es porque estamos seguros de triunfar: que si Hitler venciera, no habría para qué preocuparse de la organización futura ya que sería él, y sólo él, quien la impondría.

Pero, antes de eso, mucho antes, ya Wallace había fijado las normas de su pensamiento y su conducta. En su libro *Las Nuevas Fronteras* (tan poco conocido entre nosotros, a pesar de que existe traducción castellana) definía concretamente su criterio. Frente a la tremenda crisis de su país encontró inadmisible proseguir por las rutas hasta ahí seguidas. El sistema capitalista norteamericano había fracasado en 1929. A lo largo de cuatro años trágicos, pese a los remedios improvisados por el *New Deal*, apenas se había podido reducir, pero no extirpar, aquella enorme cifra de "parados" o cesantes que alcanzó a 17 millones, en un territorio entonces con algo menos de 130 millones de habitantes. Wallace, colaborador eficaz de Roosevelt en su campaña en pro del pueblo, no vaciló en escribir ese libro, donde se plantea el problema de la Unión en términos reñidos con lo cotidiano. Las *fronteras nuevas* debían ser espirituales, antes que materiales; era preciso un gran movimiento espiritual para salvar al país de la miseria y el caos.

En otro libro (que también está vertido al castellano), *El Sentido de la Constitución*, Mr. Wallace se enfrentó a la Corte Suprema, cuyas estrictas interpretaciones de la Carta Fundamental anularon muchas de las reformas del *New Deal*, algunas inspiradas por el propio Wallace desde su Secretaría de Agricultura y a través de la A. A. A. (*Agricultural Adjustement Act.*), verdadera revolución económica y social, sin estridentes declaraciones, con medidas eficaces y... desde el punto de vista conservador, subversivas. Wallace analizó el pensamiento original de la Constitución. Remontándose a sus orígenes, al duro debate que tuvo como protagonistas a Hamilton y Jefferson, a Madison y Adams, afirmó que la Constitución es un instrumento en defensa y para el beneficio del pueblo. Y, si la Corte Suprema lo olvidaba, había que tomar una resolución correlativa a la ansiedad pública. Roosevelt propuso por ese entonces introducir algunas modificaciones sobre la edad de los Jueces y la Corte Suprema recibió un aporte de sangre nueva, de gente más cercana del pueblo, de la tradición viva que de la tradición petrificada. La Constitución quedó incólume, y el *New Deal* salvó un grave escollo, uno de los más grandes escollos de su dramática carrera.

Hay muchos que, ante la guerra, espantados por la tragedia, abriendo por primera vez los ojos y los oídos a la realidad que se insinúa ya, han lanzado vehementes llamados a la colaboración continental, a la asistencia mundial. Wallace no pertenece a ese grupo. El no es un producto de la psicosis de guerra. No es un sociólogo nacido apresuradamente del conflicto, sino que lo antevió, cuando nadie quería entender las implicaciones profundas, desquiciadoras, de la lucha que sólo tuvo una tregua—¡y qué cruenta tregua!— en Versalles. Realista e idealista al mismo tiempo; político que rehuye los corrillos y las cliques; orador de sobrio lenguaje y gran visión, personaje sencillo sin énfasis, con superioridad esencial no paramental, Wallace lleva sobre sus hombros una responsabilidad que ningún político norteamericano tuvo antes que él: la fe de los latinoamericanos en las posibilidades de una amplia, permanente y creadora cooperación intercontinental. Si él nos fallara ahora sería difícil restaurar una esperanza que ha empezado a renacer. Si él se apartara un ápice de la línea que hasta aquí ha seguido, no sólo borraría la mayor y mejor parte de su apostolado, sino que heriría de muerte la amistad intercontinental. Porque sobre él reposan tantas inquietudes y tantas espectativas, nadie, seguramente, se habrá visto más agobiado que él mismo con tan enormes compromisos. Venir a visitarnos sencilla y casi humildemente, en el sentido cabal, señero y cristiano de la humildad, es ya mucho, pero los tiempos que corren exigen, por sobre todo lo aparente y visible, afirmaciones sustantivas. Nos interesa ante todo, que el Wallace que proclama y practica el credo de la "centuria del pueblo" en sus discursos, lo practique también desde las altas cimas a que, probablemente, le tiene condenado el destino.

LUIS ALBERTO SANCHEZ

Santiago de Chile, marzo 3 del 43.



Ossorio y Gallardo
(Visto por *Toño Salazar*)

Medallón español

(De *Nosotros*. Buenos Aires. diciembre. 1941)

Don...

Lo primero esto: don. Por derecho de natural señorío: don. Por todo lo bueno que del antiguo dómine *aun vive: don. Y por declaración de regalo, de prodigalidad graciosa, de mano abierta, de pecho generoso, de existencia ofrecida y vida que siempre se está dando. Por todo esto, don.*

Luego, Angel.

Tanto como buena compañía, tanto como compañero fuerte, tanto como seguro sostén, Angel. Mas de los ángeles que asimismo tienen una espada en la mano. Y así, guerrero. Guerrero firme, de los que no cejan. Y todo esto con el mayor denuedo de que imaginemos capaz a un ángel bueno. Mas no ángel de los que pelean por palabras sino de los que pelean por obras. Angel: la bondad del justo y la justicia del bueno. Por todo esto, Angel.

Después, Ossorio.

Ossorio. Con dos eses. Por ponderación de rancias y castizas Españas. Por ponderación de la pristina, de la eterna España, que, como el Cid, en buena hora nació. Ossorio. Y en las dos eses, ninguna de más; porque cada una se robustece en la otra. La s del consejo al lado de la s del saber: eso creo. Pronunciadas, una mayor fortaleza. Escritas, una limpia gracia en el paralelo de sus curvas, pero no exentas dichas gracias de graciosas curvas de parecer dos concertados gavilanes de espada. Y en el viejo apellido, tres veces la o en su perfecta seguridad sonora. Por todo esto, Ossorio.

Y finalmente, aunque él no lo quiera, Gallardo. Porque nada de lo que hizo o hará dejó ni dejará de ser hecho con el sumo estilo de la bizarría. Y todo esto como hombre de una pieza, honor de la raza; como aquellos de las libertades de Aragón, y aun como esos otros más remotos varones del Concilio de Toledo, que fué donde nació el después robusto precepto de los aragoneses: Rex eris si recte feceris. *Por todo esto, Gallardo.*

Y ahora, sumando: Don Angel Ossorio y Gallardo.

ARTURO CAPDEVILA

Un ataque a Lincoln

(De *El Nacional*. México, D. F. 30-XII-42).

La burguesía tonta —que imagino numerosa— ha llorado y aplaudido, en muchos idiomas, durante meses, una obra mediocre que se llama *Lo que el viento se llevó*. La obra ha pasado al gran público por medio del cine. El contagio de su deleznable contenido, de su pésima construcción, de su torcido desarrollo, ha sido mayor. Los feos colores de la cinta cinematográfica la hacen más propicia para el halago del mal gusto de la gente. Toda la película simula una sarta de cromos mal pintados y peor reproducidos. Pero la burguesía tonta —que imagino numerosa— ha llorado y aplaudido tamaño desaguisado del arte.

La crítica, generalmente asalariada de las compañías productoras, sólo alguna vez ha señalado los errores de esta obra. ¡Allá la conciencia de los críticos y la panza de las compañías! Lo importante es ganar dinero, aprovechar la ignorancia del pueblo, y adobar tramas y tramillas que adormezcan el espíritu de las personas.

Lo que el viento se llevó es una película criminal. Debió de ser prohibida por las autoridades encargadas de su revisión. Toda ella implica, si no una censura explícita, sí tácita, de la guerra del Norte, patrocinada, encauzada, por el espíritu de Abraham Lincoln. La obra solapa el estado de esclavitud de los negros en la región suriana de los Estados Unidos. La obra pasa por alto, con toda malicia o con toda cobardía, lo que era la vida de los esclavos en aquellos lugares americanos. No es preciso ser sociólogo, ni político, ni economista, para saber cuál era el estado de la vida—de la muerte— de aquellos miserables negros. Vivían trabajando —hombres, mujeres, ancianos y niños— de sol a sol. Comían pedazos de carne de búfalo que los capataces tirábanles, como a perros, en los propios campos donde agotaban sus fuerzas en la pazca del algodón. No había ningún asilo, ningún hospital, ningún refugio para tales esclavos. Por la falta más insignificante se les mataba o se les linchaba. La ley de Lynch casi tenía un valor constitucional. La vida y la honra de los esclavos valía menos que la vida de las bestias que se utilizaban en el trabajo. Había familias —honorablemente burguesas— con santidad religiosa reconocida, casi con hálito de beatitud inefable, que hacían encerrar en las galeras de sus haciendas, como en las épocas de Salambó, a los negros y a las negras a fin de que el número de los esclavos aumentara; el patrimonio familiar se mantuviera incólume y la dicha sonriera a los señoritos blancos, holgazanes de cuerpo y de espíritu.

Pues todo esto que en la conciencia de los hombres libres de un pueblo demócrata —como es el pueblo americano— parece estar evidente, se ignora o se finge ignorar en la obra y, naturalmente, en la película. En *Lo que el viento se llevó* aparecen las hordas del Norte como provocadoras de incendios, muertes, atentados y ruinas. No se dice que tras aquella guerra latía un principio de libertad. No se muestra por dónde andaba el carácter y la conciencia moral de Abraham Lincoln. Creeríase que el más grande patriota de América no es sino un pobre político juguete de intereses bastardos, negociables en cualquier bolsa. La obra contiene un insulto a la figura más noble que ha producido la historia americana. Esta obra y esta película debieron de ser prohibidas por que implican una contribución al criterio esclavista. La libertad de expresión sólo tiene un límite: la libertad de los pueblos. Cuando una obra contribuye a entorpecer la libertad de los hombres o de los pueblos, esa obra no tiene derecho a su libre circulación, porque implica un daño, implica un mal. (Por esta misma razón las *Convenciones* de la Sociedad de las Naciones, vigentes en México, prohiben las publicaciones obscenas, porque perturban la salud pública .La libertad del hombre está limitada por la libertad del bien social).

Muestra la misma película, con dolosa intención a los negros recién libertados, paseando borrachos por las tierras en que antes trabajaban como esclavos. Muestra luego a los viejos servidores blancos convertidos en negociantes. Muestra el cambio de vida de aquellos lugares pero no al servicio de una vida más noble, más alta o más digna, sino, al contrario, como *sumida en una depravación: producto de la libertad de los negros.*

Lo que el viento se llevó, exhibida en pueblos que tienen el problema de la miseria de sus indios, de la miseria de sus trabajadores, es francamente criminal. Sólo una sociedad burguesa —en liquidación— puede tolerar, aplaudir y llorar sobre las páginas o ante las escenas de esta obra perniciosa y de pésimo mal gusto.

ERMILO ABREU GOMEZ

Proclama

(En el *Rep. Amer.*)

Han salido mis ojos de paseo a triscar el verdor.
Se me ofrecía el panorama como una vianda fresca,
Mi tacto infante repasaba los árboles huidizos
y mi boca pulida de agradecimientos besaba el rostro al aire.

En el paseo municipal y burgués crecían árboles y estatuas.
Mi diligencia agrícola podaba todos los vegetales
para que fuese así más tierno el secreto retoñar impresente.

A las estatuas —árboles de piedra— no las pude podar...

Están allí como agravio al paisaje,
como esqueletos del tiempo y fósiles de la vida.
Están en la oquedad del ámbito como una negación del hombre.

¡Hombres con estatuas! ¡Hombres como estatuas!

Destruyamos esta petrificación de la existencia.
Aniquilemos esta negación del hombre...

Hay que dejar a los minerales su nobleza
¡Hay que hacer carne y sangre y espíritu de la piedra humana!

Costa Rica, marzo, 1943.

ALFONSO ORANTES

Motivos peruanos

(Compilación y envío de *Alejandro Manco Campos*. Lima, enero de 1943).

La Literatura actual del Perú

Por Estuardo Nuñez

La Literatura actual del Perú ofrece un cuadro lleno de sugerentes perspectivas. Las nuevas generaciones han ofrecido ya valores reales y magníficas promesas.

A partir de la aparición de la revista *Colónida* (1916), dirigida por Abraham Valdelomar, se puede precisar el nuevo rumbo de la literatura en el Perú. Una inquietud inusitada de creación innovadora se hace presente, después de esa fecha, en los poemas que publican Alberto Hidalgo, César Vallejo, Alcides Spelucín y poco después, Juan Parra del Riego. Pronto esa voluntad de renovación encuentra coyuntura de publicidad en la imitación de las tendencias vanguardistas surgidas de la post-guerra europea. También en el Perú hizo prosélitos muy numerosos el movimiento "dada" y el ultraísmo, sobre todo dentro del grupo aglutinado en torno de la revista *Amauta* (1926-1930), dirigida por José Carlos Mariátegui. De ese grupo heterogéneo en valores, emergieron innegables temperamentos que propiciaron un retorno al orden poético: Alejandro Peralta, "Martín Adán", Xavier Abril, Adalberto y José Varallanos, siendo coetáneos también Enrique Peña y E. A. Westphalen.

Pero sobre esta generación renovadora, se irguió la voz preclara de César Vallejo, ya entonces ausente en Europa. Vallejo había señalado con su obra anterior contenida en dos libros de poemas, *Los Heraldos Negros* (Lima, 1918) y *Trilce* (Lima, 1922) los rumbos distintos que había de seguir la nueva poesía peruana, y estaban ya entrevistas en su obra, las diversas tendencias en que hoy se puede distribuir la creación poética actual.

Puede así precisarse en primer término, una poesía íntima y subjetiva, bellamente lírica y de alta selección estética, que convendremos en denominar *purismo* (Xavier Abril, Enrique y Ricardo Peña, Carlos Oquendo, "Martín Adán". José A. Hernández); luego, otro tipo de poesía de carácter predominantemente objetivo, mediando en ella alguna colindancia con la época, edificada sobre paisaje andino y nutrida del problema humano y social, que se ha calificado como *expresionismo indigenista* (Vallejo, Alejandro Peralta, Emilio Armaza, Emilio Vásquez y J. Varallanos); y, finalmente, otro tipo, igualmente objetivo aunque más lírico, que tiende a la expresión individual de las impresiones del paisaje y del hombre peruanos (Vallejo, Alcides Spelucín, Ricardo Peña, Luis F. Xammar, los Varallanos, Alberto Hidalgo, Alberto Guillén). Esta tendencia podemos convenir en denominarla *impresionismo.*

Pero la realidad más vital y ya definida de la nueva poesía la constituye César Vallejo (1898-1938). Creador originalísimo y artista de la más exquisita calidad, cargado de humana y profunda concepción de las cosas circundantes, la resonancia de sus libros ha sobrepasado las fronteras de su país y de América. Sus poesías últimas, en que vierte el dolor del hombre de estos días frente a la crisis espiritual y social, se han recogido en los volúmenes *Poemas Humanos* (París, 1939) y *España aparta de mí este cáliz,* (México, 1940).

La prosa ha seguido en estos últimos años un desarrollo desigual, pues de los dos géneros más caracterizados —novela y cuento— sólo el cuento abre prósperas y seguras alas dentro de la nueva producción. La novela ha permanecido un tanto retardada, a pesar de muy loables esfuerzos y promisores intentos.

De las tres direcciones que hemos precisado para la poesía sólo dos se realizan en la prosa de hoy.

Un grupo de escritores se dirige a buscar la expresión viva del habitante y de la región nutriendo su producción de temas peruanos y sintiéndose, al mismo tiempo, intérpretes de las inquietudes y de los problemas que embargan o embargaron al poblador de la selva, de las sierras o de la costa del país.

Unos muestran predilección por el hombre indígena —indio andino— y sus problemas (indigenistas), otros tienen preferencia por el alma del mestizo y su ambiente (criollistas). Ambos podrían significar una suerte de *expresionismo,* muy arraigado a las realidades peruanas (López Albújar, Alegría, Arguedas).

Pero hay otro grupo de prosadores que correspondería al de los impresionistas poéticos. Estos escritores no quieren ser intérpretes sino simples observadores o captadores objetivos de la realidad circundante. Son más que cuentistas o novelistas, simples narradores. No cultivan tanto la imaginación; antes bien, se deciden por el dato o la comprobación. Encauzan la fantasía y desembocan muchas veces en la historia o la sociología, observando o comparando. (Jorge Basadre, Aurelio Miró Quesada, Arturo Jiménez Borja, Luis Alayza P. S., Aurelio Arnao).

Los de mayor sugestión estrictamente literaria son los primeros. Acaso son ellos —los *expresionistas*— quienes con su obra están fijando las directivas de la literatura de mañana. Un breve recorrido por su obra dará la razón a este aserto.

Abraham Valdelomar, el fundador del grupo de la revista *Colónida,* falleció tempranamente en 1919, dejó una obra que, aunque fragmentaria y dispersa, se caracteriza por su sentito estético y su vigor. En su mayor parte constituída por relatos de índole costumbrista, sus cuentos (*El Caballero Carmelo,* (Lima, 1918) recogen la psicología del mestizo y el paisaje de la costa del país. Ensayó igualmente el cuento retrospectivo, tratando de animar cuadros y escenas de la vida incaica y reviviendo sus leyendas (*Los hijos del Sol,* Lima, 1921).

Ventura García Calderón, nacido en 1886, poeta (*Cantilenas*) y ensayista (*Semblanzas de América*), cronista y crítico, escritor de variados recursos y maestro del estilo, ha retratado el mundo de los indios y mestizos en varios tomos que recogen sus cuentos (*La Venganza del Cóndor, Color de Sangre, Relatos americanos*) que, en traducciones, han encontrado gran acogida entre los públicos europeos. A él se debe igualmente la edición de una serie de 13 volúmenes titulada *Biblioteca de la Cultura peruana* (1938) que contiene las obras más significativas de la literatura del país, desde el imperio incaico hasta nuestros días. Uno de sus últimos libros, *Vale un Perú* (1939) intenta estudiar a través de los siglos, las resonancias de las leyendas y realidades del Perú en Europa.

Un grupo nutrido de cuentistas y novelistas trata estos últimos años, de incorporar más intensamente la psicología del habitante del país y el ambiente de sus regiones naturales. Así lo han conseguido César Falcón en el *Pueblo sin Dios* (Madrid, 1918), cuadro de vida indígena, y Luis E. Valcarcel en las escenas acusatorias y convulsas de *Tempestad en los Andes* (Lima, 1927), José María Arguedas en los cuentos que integran el libro *Agua* (Lima 1935, y en su ensayo de novela *Yawar-fiesta* (Lima, 1941), Carlos Parra del Riego, hermano del poeta Juan, en los relatos patéticos de *Sanatorio* (Santiago de Chile, 1938) y sobre todo, Enrique López Albújar en sus *Cuentos Andinos* (Huánuco, 1920) y en la novela *Matalaché* (Piura, 1928) que impresiona el ambiente cálido y la sensualidad del mulato de la costa Norte del Perú.


Octogenario indígena

(Bajorrelieve. Por *José Huapaya Francia*).

En tanto, Angélica Palma, hija del tradicionista don Ricardo, anima la tibia y despreocupada existencia de un sector de los habitantes de Lima en *Uno de tantos* (Madrid, 1926). Otro hijo del notable don Ricardo, Clemente Palma, dueño de una pluma ágil y sugerente, ha escrito cuentos llenos de misterio y de curiosa imaginación (*Cuentos malévolos,* París, 1904, e *Historias malignas,* Lima, 1923 y una novela de humor y fantasía: *X Y Z,* Lima, 1934).

Muy original vena humorística distingue los cuentos de Héctor Velarde, nutridos de sabrosa crítica de costumbres (*El Diablo y la técnica,* Madrid, 1935, y *El circo de Pitágoras,* Lima, 1930). Muestra sobresaliente de prosa nueva, brillante y lírica, que acusa además intensa modernidad dentro de su estirpe clásica, la ofrece "Martín Adán" (Rafael de la Fuente Benavides) en *La Casa de cartón,* (Lima, 1928).

Al lado de Angélica Palma, otras escritoras afirman la participación de la mujer en la vida espiritual del país: Rosa Arciniega, sobre todo con su biografía de *Pizarro, el conquistador del Perú* (Madrid, 1935) y María Wiese de Sabogal con la de *Mariano Melgar,* (Lima, 1939).

El cuento denota, en los últimos tiempos, alta categoría y más que nada arraigo a la tierra, en las obras de Fernando Romero, navegante y publicista muy laborioso, intérprete afortunado de la selva amazónica como de la costa desértica y rocallosa (*12 novelas de la selva,* Lima, 1934, y *Mar y Playa,* Lima, 1940), José Diez Canseco, pluma ágil y criolla, impresiona la psicología mestiza y popular y la vida porteña, frente al Pacífico lleno de inescrutables designios para las voluntades marineras (*Estampas mulatas,* Lima, 1931), José Mejía Baca, folklorista en una época, intenta ahora con mucho acierto, la biografía novelada, como lo demuestra *El hombre del Marañón,* designada para el segundo concurso latinoamericano de Farrar & Rinehart.

Pero el temperamento más definido, vigoroso y promisor que posee la prosa actual del Perú, está en Ciro Alegría, joven novelista nacido en 1909. Dos veces laureado con premios literarios americanos obtenidos en Chile por sus novelas *La serpiente de Oro* (Santiago de Chile, 1935) y *Los Perros hambrientos* (Santiago, 1939), la sinceridad de su estilo y la emoción de su relato conduce al lector hacia el conflicto dramático de sus personajes atados al determinismo implacable de su paisaje. En la primera se debaten mestizos, "cholos", con sus vidas y su razón de existencia indisolublemente unidas al curso imponente, desigual y, en veces, traicionero del gran río Marañón. La segunda define la voluntad de vivir, su perpetua tragedia y tensión, en los indios de las "comunidades" andinas, atada también —y compartida por el sér animal identificado con el hombre— al resultado azaroso de la faena campesina.

Ciro Alegría ha obtenido consagración internacional al ganar el primer puesto en el Concurso de la Novela Latino-americana, promovido por la editorial de Nueva York Farrar & Rinehart, con su novela *El Mundo es ancho y ajeno* (Santiago de Chile, Ercilla, 1941). Otro novelista designado para intervenir en ese concurso, José Fernando, ha demostrado poseer capacidad notoria para este difícil género con su obra *Panorama hacia el Alba* (Lima, 1941).

Más recientemente, en 1942, se han revelado autores de fuerte contenido vital como Carlos Camino Calderón, autor de la novela *El daño*, (Lima, 1942), intensa y tal vez cruda expresión de ambiente y de psicología, como Arturo D. Hernández, creador de *Sangama*, novela descriptiva de la selva amazónica, desigual en cuanto a la integridad espiritual de sus personajes, pero acertada, y sin par, vigorosa en cuanto a la escena en que ellos se desenvuelven.

El segundo concurso de la editorial Farrar & Rinehart ha demostrado nuevamente que nuestros novelistas no son remisos al estímulo y así surgen a la palestra literaria nuevos e ignorados valores como Napoleón Tello, autor de *El Toñel*, completo logro de nuestra novelística como tema de indios palpitantes de humanidad en medio de la fragorosa realidad andina, tanto como María Rosa Macedo, antes sólo conocida como cuentista, que hoy se apunta como feliz intérprete del mestizo en medio de la niebla y el soleado arenal de las costas peruanas al sur de Lima, en su novela *Rastrojo*. En el mismo plano que *El Toñel*, se ubica Manuel Robles Alarcón, con la honrosa mención de su novela *Jacinto Huillca*, en que se reitera la reciedumbre de sus personajes nativos antes ya lograda en *Sara Cosecho* (Cusco, 1940),) aunque con la misma limitación de su léxico en exceso localista y abigarrado.

La narrativa para la juventud, género de poca fortuna a lo largo de toda la literatura del Perú, ha mostrado tener representantes dignos. Carlota Carvallo de Núñez, autora de la novela juvenil ganadora en el Perú del Segundo Concurso de Farrar & Rinehart, realiza en *Rutsi, el pequeño alucinado*, el pleno concierto de la emoción de la naturaleza, la sugestiva fantasía del relato, la situación humana y la llaneza de la expresión, ausente de toda pretensión literaria, cautivante del niño y grata al adulto.

Las nuevas generaciones ofrecen muy promisoras perspectivas futuras aunque son muchos los nombres que podrían apuntarse, nos basta subrayar los de: José Alvarado Sánchez, Carlos Cueto, Arturo Jiménez Borja, Salvador Velarde, Carlos Ledgar, Walter Peñaloza, Alejandro Manco Campos, José Ortiz Reyes, Julio Garrido Malaver, Hortensia Luna de la Puente, Pilar Laña, Mario Florian, Alberto Tauro, Luis Nieto, Manuel Moreno Jimeno.

La historia literaria debe imprescindibles estudios a José de la Riva Agüero (*Carácter de la literatura del Perú independiente*), Ventura García Calderón (*Del romanticismo al modernismo*) y Luis Alberto Sánchez (*La Literatura Peruana*, 3 tomos).

Entre los ensayistas aparecidos en los últimos 50 años, destacan Javier Prado, Francisco García Calderón, Víctor Andrés Belaúnde, Mariano Ibérico, Honorio Delgado, Juan Bautista de Lavalle, J. Uriel García, Jorge Basadre, Raúl Porras, Jorge Guillermo Leguía, Emilio Romero, José Jiménez Borja, Luis F. Xammar y Guillermo Lohmann.

La investigación histórica, filosófica y literaria, científicamente dirigida, ha exhumado o definido últimamente obras o autores ignorados o mal conocidos de los períodos más remotos de la historia literaria peruana y, en especial, las manifestaciones de la literatura quechua post-colombina y algunas de la época colonial. Estos estudios críticos, informados en modernos métodos, que afirman la transformación de la herencia española dentro del medio americano, en fusión de interesante y sugestivo vigor mestizo y una inquietud generalizada en la actualidad hacia los motivos y personajes terrígenes, contribuyen a perfilar la fisonomía propia y original que hoy muestra la literatura del Perú.

Lima, Perú.

Presencia y triunfo de la mujer en la Literatura peruana

El siguiente es el resultado del II Concurso Literario Latinoamericano, de la editorial Farrar & Rinehart de Nueva York. En la primera categoría, según las bases de dicho concurso, (novela) obtuvo el primer premio la señora María Rosa Macedo de Camino con su obra Rastrojo. *Y según la cláusula 8ª alcanzó esa excepción,* El Toñel *de Napoleón Tello. El Jurado Nacional, además señaló las siguientes:* Sangama *por Arturo D. Hernández;* Más allá de la Trocha *por Pilar Laña Santillana; y* Jacinto Hullca *de Manuel Robles Alarcón. En la segunda categoría (obra en prosa de tema no ficticio) obtuvo el primer premio la Srta. Hortensia Luna de la Fuente con* Ida y Vuelta *y la excepción de la cláusula 8ª, José Mejía Baca con* El Hombre del Marañón. *Alcanzó asimismo mención honrosa* No sé lo que sé *de Samuel R. Mendoza. Por último, entre los trabajos de tema juvenil, resultó premiado —por otro jurado—* Rutsi, el pequeño alucinado *del que es autora la Sra. Carlota Carvallo de Núñez. Total 4 mujeres. Dignas continuadoras de las que fueron: Clorinda Matto de Turner, Flora Tristán, Mercedes Cabello de Carbonera y tantas más.*

A. M. C.



María Rosa Macedo de Camino

En el 2do. Concurso Literario Latinoamericano de la Editorial *Farrar & Rinehart*, de Nueva York, obtuvo el 1er. premio de novela, calificado por el Jurado Nacional del Perú, con los originales que llevaban por título *Rastrojo*. Se dió a conocer María Rosa en 1941 con *Ranchos de caña*, novela también de ambiente costeño, agrario.

De la novela *Rastrojo*

Padre nuestro...

Martina subió la cuesta hasta la iglesia y abrió la puerta. Todo estaba obscuro, encendió un fósforo y comenzó a prender las velas.

En el altar de madera, pintado con tonos vivos, se destacaba una imagen vestida de amplias telas recamadas. Era una inmaculada de rostro dulce y sencillo que sostenía en sus manos un ramo de azucenas de trapo.

La noche era tibia y reposada. Cuando la campana de la iglesia llamaba para el Rosario, el cura se encaminó a su reclinamiento cerca del altar y las mujeres fueron entrando una por una y se arrodillaron sobre el piso de adobe.

El sacerdote comenzó con voz grave y ellas contestaban monótonas. De vez en cuando se oía una frase rezagada.

—De nuestra muerte. Amén.

—Amén!

Terminada la letanía el cura alzó más la voz:

—Ahora vamos a rezar por los pecadores, caminantes y navegantes. Por los que se encuentran en agonía y en peligro de muerte. Por las almas en pecado mortal y por todos aquellos que necesitan de la misericordia de Dios :Padre nuestro...

—Padre Nuestro... —corearon las beatas.

Extraña y solemne, la oración repercutía en las bóvedas obscuras. Los murciélagos asustados por el ruido, aleteaban atontados tropezando con las ventanas y el altar.

Un chico que se había dormido despertó llorando y entre el murmullo se oía la voz de la madre que lo acunaba.

Terminado el rezo, algunas devotas se juntaron en la placita a conversar mientras otras hacían fila junto al viejo confesionario donde se había instalado el señor cura. A poco se oían los bisbiseos característicos y más clara, la voz del sacerdote que imponía penitencias.



Cholita

(Terracota de *José Huapaya Francia*).

—Vas a rezas 3 credos y una Salve.

—Ahora, tranquila y prepararse bien para la comunión de mañana.

—Anda con Dios hija mía y enmiéndate!

Martina también se confesó, luego arrimó a sus nietos que de pié ante el padre le contaban sus pecados y el anciano los despidió con una breve penitencia.

Cuando las últimas devotas salieron de la Iglesita, la luna blanqueaba las casas del pueblo. Los árboles y algodonales cobraban un tinte de plata, proyectando una sombra dura sobre el suelo frío y allá lejos el río era un reflejo luminoso.

Las vacas en los corrales lanzaban su reclamo suave, los grillos chirriaban entre la hierba y los pichingos lanzaban su nota temblona que a veces interrumpía el lamento del coquito.

Martina y Carmela iban en silencio por las calles tranquilas, que estiraban su desnudez hasta alcanzar los callejones. Todas las puertas estaban cerradas y los vecinos dormían después de un rato de conversación a la luz de la luna.

Martina bostezó y mirando a lo lejos dijo:

—Oye muchacha, ¿Nuay luz en la casa de Isabel?

—Parece que tá prendido el lamparín.

—Y aura alguien sale.

—Son dos mamá.

—Qué será.... Mira tú que tienes güena vista y a ver si divisas a la muchacha ésta.

—No mamá, los dos son hombres...

—Capaz el tal Isidoro...

—No, mamá no. ¿Por qué cree Ud. eso de Isabel?

—No te enojes así muchacha, yo tampoco creo naa malo, pero Isabel es una atronada y lo mismo Usebia. Vamos allá.

—Yo no, perdone mamá. Tengo miedo!

—Anda entonces a la casa. Yo iré sola

La zamba bajó rápidamente la cuesta y caminaba por la vereda plana, cuando Carmela regresó corriendo hasta la placita y tocó una puerta que se abrió.

En el camino Martina se cruzó con dos jinetes que venían de la casa de Isabel. Uno era el Chato, ladrón iqueño que estaba huído y refugiado en Cruz Chica, en el otro hombre reconoció a su hijo Nicanor.

La zamba entonces dió vuelta y comenzó a subir la cuesta, pero de repente las piernas le flaquearon y tuvo que sentarse en el suelo.

Allí pasó mucho tiempo. La luna se ocultó detrás de unos nubarrones, el viento llegó zumbando irónicamente, traía olor a tierra fresca y en el silencio, roto a trechos por el silbo de los chaucatos, se oía claramente la voz del río rompiendo barrancos.

—Ta caendo llapana —murmuró Martina—. Que Dios asista a los que tán en el zanjón esta noche.

A los que estaban en el camino de la sierra sí, pero también a los que van derecho a una perdición. Isabel, Nicanor... sus hijos, la carne de su cuerpo, la compañía de su vejez. Sus hijos... Ay! Y Juan que se le había ido y Pedrito no era más que un muchacho. Qué les iría a pasar? Dios mío ¡Padre Nuestro que estás en los cielos...!

Cuando llegó a su casa todos descansaban tranquilos, pero ella no pudo dormir. Dando vueltas en su catre oyó cantar a los gallos.

MARIA ROSA MACEDO DE CAMINO

Cap. 1 de "Rutsi, el pequeño alucinado"

POR CARLOTA CARVALLO DE NUÑEZ

De cómo Rutsi salió de la selva

¿Conocéis por ventura la selva, la grandiosa selva sudamericana? Si la conocéis, si alguna vez habéis visto desencadenarse sus obscuras fuerzas primitivas, si habéis escuchado hacia el atardecer sus confusos rumores, donde a veces nos parece percibir el canto de eternidad de sus ríos, o el eco ronco de sus montañas, el grave croar de gigantescos sapos, el chirrido estridente de los monos o el exquisito trinar de misteriosas aves, si habéis sentido el embrujo de su belleza, y os habéis internado en el laberinto de sus entrañas, quizás habréis descubierto que está poblada de seres invisibles que viven en sus ríos y pantanos, en sus innumerables cascadas, en sus apacibles remansos, en los montes y las cuevas, y hasta en las chozas abandonadas de los indios.

Pues bien, si los conocéis, si vuestro oído puro como el de un niño no ha sido aún contaminado por la palabra del hombre, si vuestro corazón sencillo ha podido acercarse a la naturaleza y a la vida en sus más elementales y primitivas formas, quizás conoceréis a Rutsi, uno de los traviesos espíritus de la selva. Si no lo conocéis, permitidme que os lo presente

Rutsi es un diminuto, geniecillo de los ríos, inquieto y burlón, Es él el que juega malas pasadas al martín pescador, cuando éste espera algún pecesillo, inmóvil en una rama próxima a los ribazos. El anuncia a la pequeña víctima el peligro que lo acecha, para que cambie de rumbo. El es quien desata el cebo de los anzuelos, el que moja las alas de las mariposas cuando se aproximan a beber en los charcos, quien azota las canoas de los indios y los atrae a los remolinos, donde alguna vez se percibe sus carcajadas. Es este Rutsi el que acecha a Shambi, la hija del jefe indio, cuando introduce sus morenos pies en el río para llenar su *mocagua* y darle de beber a sus hermanitos. El es que la salpica de agua los ojos cuando despojada de su *cushma* se echa a nadar remontando la corriente. El es quien de ver tanto a la pequeña salvaje ha llegado a encariñarse con ella, y hasta se ha atrevido a murmurarle amables palabras al oído, que Shambi parece no haber escuchado. El finalmente, que en una noche misteriosa de la selva, le ha dicho tímidamente al Buen Padre Río: "Quiero ser hombre"!, frase que ha debido repetir varias veces antes que el viejo, ya un poco sordo, la pudiera entender.

"Quiero ser hombre" —añadió— para que Shambi pueda oír mi voz y para jugar con ella, corriendo por el sendero que conduce a su choza. Y quiero ser hombre para saber lo que hay detrás de esa inmensidad verde, y para ver a donde alumbra el Sol, cuando desaparece tras de las altas copas de los árboles."

El Padre Río lo miró extrañado. En realidad nunca había oído petición semejante de un geniecillo. Cuando lo pensó un poco más, montó en cólera y ordenó al pobre Rutsi que no volviera a incomodarlo con sus impertinencias. Esa noche el Padre Río se agitó turbulento entre su lecho sin poder conciliar el sueño, y el pobre geniecillo se ocultó entre los platanares sin tomar parte en las travesuras de sus alegres compañeros.

Pasado algún tiempo, Rutsi se había vuelto tan melancólico que el Padre Río estaba muy preocupado. Lo hizo llamar y trató de disuadirlo con buenas maneras de su loco intento... Le mostró los inconvenientes que hallaría, lo difícil que sería su vida, acostumbrado como estaba a holgar libremente sin conocer los trabajos y penalidades que agobian a los hombres

Pero Rutsi era un geniecillo testarudo y no quiso hacer caso de consejos. Entonces el Padre Río le prometió consultar a la *Runa-mama*, vieja hechicera que vivía en una cueva solitaria arrancando sus secreos a la naturaleza.

Ella preguntaba al *Tibi*, ave fatídica que canta en las noches para anunciar las desgracias y

José Huapaya Francia

Huapaya Francia, es uno de los jóvenes escultores peruanos que ha sabido dar a su arte sobriedad y solidez. Varias son ya las obras que lleva realizadas y que gozan del reconocimiento de la crítica y de la admiración del público. Entre dichas obras se encuentran: La Protesta del Indio, Acclla, *un busto del Dr. Manuel Prado, un medallón de José Carlos Mariátegui, un busto de Don José de Asín, un bajo relieve titulado* Cabeza de octogenario indígena *y* Cholita *entre otras.*

Ex-profesor de la Escuela de Artes y Oficios de Lima, centro en el que hiciera sus estudios, dedica actualmente todas sus actividades al exclusivo cultivo del arte.

Ha intervenido en varios certámenes y cuenta entre los premios ganados los siguientes: II premio con la escultura La Protesta del Indio *y III con* Acclla *en el concurso de la Academia* Concha *del año 1927, primer premio por su obra* Cholita *en* El Segundo salón de los artistas independientes del Perú *en 1941.*

A. M. C.

al *Chuyachaqui*, diablo burlón, con pies desiguales que se encarga de extraviar al caminante. Ella sabía preparar el *ayahuasca* que hace ver el porvenir, la *pusanga* y el *piri-piri*, bebedizos misteriosos que utiliza la gente para hacerse querer.

Ella tenía oídos sobrenaturales, abiertos para los ruidos más imperceptibles y así oyó la llamada del Padre Río y acudió esa noche para platicar con él.

—Uno de mis geniecillos— dijo el venerable viejo— el más alegre y travieso, desea convertirse en hombre. ¿Qué dices?... ¿Lo puedes hacer?

—¡Oh buen Padre Río—contestó la bruja— después de saludarlo reverentemente. Tengo poderes maravillosos, es verdad, pero Tú me pides demasiado! Yo podría convertir a ese pequeño y loco espíritu en serpiente o en ave, pero en hombre, ciertamente que no. Si aceptáis mi consejo, le daremos a modo de prueba un cuerpo de pájaro, un pájaro de hermoso plumaje y se sentirá muy feliz. También es posible que cuando trate de remontarse sobre la copa de los árboles y se convenza de que es imposible atravesar la selva por que ésta es semejante a un mar verde sin fin, deseará volver a ser un geniecillo del río, como lo ha sido siempre.

Rutsi oyó esa noche una llamada misteriosa. Era una lechuza que le enviaba la *Runa-mama* para guiarlo a su cueva.

—¿Qué me quieres?—le preguntó Rutsi.

—El buen Padre Río ha querido complacerte Vas a convertirte en un ser de carne y hueso. —le contestó la bruja.

Entraron a la cueva y los otros geniecillos que atisbaban curiosamente en los alrededores, oyeron roncas palabras mágicas y estridentes chillidos. De pronto rasgó el aire cálido de la noche el vuelo todavía inexperto de un *chirreclés*. Eso era Rutsi desde ese momento: un hermoso *chirreclés*.

Durmió temeroso acurrucado en una rama, por que ahora debía guardarse de un sin fin de enemigos que antes no conociera. La vida es así en la selva. Unos seres viven a expensas de los otros, en esa gigantesca lucha por la existencia. Las fuerzas encontradas de la naturaleza crean y destruyen al mismo tiempo, en un vértigo primitivo y salvaje.

Cuando empezaba a alborear, Rutsi despertó sobresaltado. No estaba muy contento de su transformación, pero se consoló pensando que ahora Shambi lo podría ver y escuchar. Para ella sería su canto más bello y el magnífico brillo de su plumaje. Y ya más alegre emprendió el vuelo hacia la choza del cacique, esperando encontrar a la pequeña Shambi.

Pronto la vió dirigirse al río en busca de agua. Rutsi trató de llamarle la atención volando de rama en rama cerca de la orilla, pero Shambi estaba esa mañana muy pensativa y no reparó en él.

Mientras tanto Uriangari, el hijo mayor del cacique, se entretenía en ensayar su puntería disparando su pucuna, rama hueca a través de la cual se soplan pequeñas saetas y en cuyo manejo son muy diestros los indios. Vió al pajarito y pensó que sería un buen blanco para probar su destreza. De pronto Rutsi sintió un agudo dolor en el corazón y lanzando un lastimero quejido fué a caer desplomado a los pies de Shambi. Esta lo recogió compasiva y lo apretó contra su pecho, pero ya el pobre *chirreclés* estaba muerto.

Entonces Rutsi, el geniecillo despojado de su cuerpo, volvió al lado de su Padre Río. Este lo recibió cariñosamente y le dijo:

—Ya no te vuelvas a ir, hijo mío. ¿No vives más feliz entre nosotros?.

Pero Rutsi insistió en su deseo de ser hombre. El Padre Río llamó nuevamente a la hechicera y le ofreció una recompensa, si complacía esta vez a su pequeño Rutsi. La *Runa-mama*, pidió un tiempo de plazo, mientras consultaba a las aves misteriosas de la selva.

Y otra vez la lechuza llamó una noche al geniecillo y la bruja se encerró con él en una cueva, y los otros diminutos espíritus que atisbaban en los alrededores, oyeron un gran estrépito y luego apareció Rutsi completamente transformado.

La *Runa-mama* estaba satisfecha. Todos sus conjuros y sortilegios habían dado felices resultados. Rutsi se había convertido en un muchachito. Tenía la cara muy linda, y los ojos muy vivos, la tez bronceada y el pelo negro como el alquitrán.

"Serás un hombre, como lo has querido— dijo la hechicera— y como tal estarás sujeto a todas sus necesidades y trabajos. Tendrás inteligencia, pero además te hago el dón de entender el lenguaje de todos los seres.

"Tu corazón permanecerá sencillo y primitivo. Quiero ver si esto sirve para escudarte de la maldad de los hombres.

"Pero si algún día sufres no te quejes de mí. Yo te he advertido que eres un espíritu loco y soñador.

"Y cuando al fin eches de menos la soledad de los bosques y desees regresar a la madre Naturaleza, nosotros te recibiremos contentos y entonces volverás a ser un geniecillo del río como lo has sido siempre"

Rutsi se despidió agradecido de la *Runa-mama* y oculto entre un montón de hojas secas aguardó la llegada de la mañana. Cuando empezaba a filtrarse la luz por los claros del bosque Rutsi se puso en camino. Quería buscar a la pequeña Shambi, pero se hallaba desorientado.

Entonces vió a un pájaro parado en una rama cercana y se atrevió a preguntarle:

—¿Sabes Tú dónde vive la pequeña Shambi?

—¿Quién quién? —dijo el pajarito.

—La niña más bella, más dulce que habita la selva...

—¿Quién quién? —dijo nuevamente el pajarito.

—La que tiene el talle esbelto como el *umiro* y el rostro más lindo y fragante que la flor de la *shia-shia*...

(Y al decir esto Rutsi comparaba a Shambi con dos hermosas palmeras).

—¿Quién quién? —repetía monótonamente el pajarito..

Rutsi impaciente le volvió la espalda. (Olvidaba que la avecilla no tiene otro canto y por eso se le llama el Quién quién).

¡Qué difícil era para nuestro hombrecillo abrirse paso entre la maleza que le estorbaba el paso. Había perdido su agilidad de geniecillo que le permitía juguetear sobre las ondas del río o entre las gotas de lluvia y cabalgar sobre el lomo de las mariposas o entre los rayos del Sol. Pero estaba tan contento y tenía tantos bríos, que no sentía la menor fatiga.

Anduvo así muchos días, preguntando a cuanta avecilla encontrara a su paso, pero éstas se habían vuelto tan desatentas con él, que ni siquiera se tomaban el trabajo de contestarle.

Vió también monos de infinitas clases. Los *maquisapas* eran los más simpáticos, con su pelaje negro brillante y su larga cola. Saltaban ágiles entre las ramas, riéndose de él y arrojándole cocos.

Se preguntaban, seguramente, de dónde había salido ese pequeño ser tan ridículo. Una mona vieja insistió en que la acompañara hasta las ramas más altas de una *lupuna*. Rutsi trató de complacerla, pero demoró un buen rato hasta llegar a la copa. Los traviesos monitos que se balanceaban colgados de las lianas, tuvieron gran diversión con ello. Allí le obsequiaron algunos frutos y semillas que él saboreó con placer. Cuando estuvo satisfecho se despidió de los *maquisapas* y continuó su camino.

De pronto se desató furiosa tempestad. La lluvia caía como un diluvio. El huracán arrancaba de cuajo árboles enteros. Rutsi completamente mojado y resbalando a cada instante corría por la floresta. Así pasó toda la noche y al amanecer sintió muy próximo el murmullo del río. Cuando llegó a la orilla vió con júbilo que frente a él sobre una barbacoa o armazón hecha de troncos, se levantaba la cabaña del jefe indio, techada con hojas de *camona*. En la puerta se hallaba sentado Uriangari. Rutsi lo saludó, pero el muchacho miraba distraídamente hacia el río.

Poniendo sus manos a guisa de corneta, Rutsi le gritó aún más cerca:

—¡Uriangari! ¡Uriangari!

El aludido se sorprendió al verlo.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Soy tu amigo —le contestó Rutsi. Quiero saber dónde está tu hermanita, la pequeña Shambi.

Se entristeció la cara del pequeño salvaje y repuso:

—Shambi ya no está aquí.

Y luego le contó cómo su padre había muerto en un combate con los hombres blancos, y éstos se habían llevado consigo a la pequeña Shambi, según decían para que trabajara en los cafetales.

—¿Y hacia dónde fueron? —preguntó Rutsi muy afligido.

—Los ví alejarse remontando el río —dijo el muchacho. Y luego añadió:

—Búscala tú si la deseas, pero yo no te acompaño. Prefiero quedarme con los hombres de mi tribu.

Y se ofreció a hacerle una pequeña embarcación, en que Rutsi pudiera navegar... Cortó una rama de *águano* y estuvo trabajando todo el día.

Entre tanto Rutsi quiso despedirse de su padre Río. Llamó también a sus compañeros los geniecillos de la selva, pero no los pudo ver. Oyó solamente sus voces y así supo que lo acompañarían durante su viaje. También oyó la voz grave del Padre Río que le decía:

—No te fíes de los hombres mi querido Rutsi, No creas demasiado en sus palabras. Y recuerda que sólo volverás a nuestro lado, cuando ese cuerpo que te hemos dado haya perecido. Ahora aquí tienes mi regalo.

Ante los ojos del asombrado Rutsi, apareció un arco, con tres flechas de plata.

Y el padre Río añadió:

—Guárdalo que te puede servir.

Y al caer la tarde estuvo lista la pequeña canoa con un solo remo donde Uriangari había puesto unas cuantas provisiones para el viaje. Le enseñó a manejarla y se despidió de él, deseándole buena suerte en la travesía.

Y así fué como nuestro pequeño salió de la selva, para encontrar al hombre y a la civilización.

Lima, Perú.

3 poemas

(De mi libro inédito: *La luz despedazada*, con dedicatoria a Juan Ramón Jiménez).

Viento del pueblo

A Miguel Hernández, poeta campesino de Orihuela, asesinado por el franquismo.

Soplan, siguen soplando
a tu frente de hombre fuerte,
esos alientos qué suaves
de los vientos de tu pueblo.

El viento es un gran beso,
tu beso de amor inmenso,
es el aliento que impulsa
a la lágrima que rueda
regando rostros eternos.

Y se destrozará la furia
y el tan, tan, tan del acero,
y regresarán las notas
a las calladas bihuelas,
y habrá una tibia sombra
para entibiar la cansera
de tánto cuerpo rendido
en su jornada de almendra.

Y se destrozará la furia
y el tan, tan, tan del acero.

Parábola y la tierra

Sobre esta tierra-tierra
del hombre que quiere y quiere,
sobre esta tierra que puede
ser fecunda y ser buena,
¡hay qué vastas parameras!

¡Oh! tierra, extensa tierra
de la fecunda locura,
la del Partenón inmenso
y los colosos de Rodas
que ruedan, ruedan y ruedan.

Sobre esta tierra-tierra
del Academos y el Menfis,
del Paraíso Perdido,
del Cantar de los Cantares,
del Cristo *y* Los Miserables;
sobre esta tierra-tierra
de los Gorki de las madres,
sucederán Soledades
para fecundas enmiendas.

Al frente te vas mozuela

A las valientes heroínas rusas.

Al frente te vas mozuela
a demostrar a tu afán,
quieres templar tu coraje
mil veces, si fuera más.
Canciones del Manzanares
que siempre las oirán,
las cantas en Leningrado,
por el Volga y más allá.
¡Hay que ver cómo estarás
en el lugar donde el hombre
que es bueno, debe ocupar!

Sólo un momento pensad
esposos y novios buenos,
en que la moza se va
dejando estelas de canto
entre un manso olear.

Al frente ha ido la moza
a ocupar un lugar,
mil veces quiere que sean
estas veces que se va,
mil veces que las canciones
rodeen a la libertad:
el único bien del hombre:
su pan y su respirar...

Han sucedido mil veces,
pero en mil una, no está:
¡era valiente la moza,
hoy sí que es pura verdad!

¿Saben de Adda, muchachos?
¿Saben tal vez dónde está?

Canciones del Manzanares
que en Leningrado ya están,
por el Volga iban diciendo
que en Stalingrado está.
¡Compañeros, compañeros,
ha sucedido mil veces,
y hoy mil una ya no está!
¿Saben de Adda la moza?
¡Sí sabemos, allá está!
¿La conocieron a ella?
¡La conocimos, verdad!
Respuesta de pregunta buena
mientras el grueso cantar
orientaba a los guerreros
como la estrella en el mar.



(Escultura de *José Huapaya Francia*).

¡Hoy sí que es pura verdad!
que una moza guerrillera
es nuestra gran libertad!

¡Es nuestra gran libertad!
repetían los guerreros,
y el canto era el cantar
que toditas las mozuelas
mil un veces cantarán!

INFANTE ESPINO

El analfabeto

Yo anhelo sólo saber firmar
para escribir mi nombre en la eternidad;
yo quiero sólo saber escribir
y leer en los ojos de esos hombres blancos
que salieron un día del verde mar.

Vamos al trote, trotando a la escuela,
a conocer el abecedario.
Ahí está el agua de la fuente clara
para regar la ruta de nuestra superación.

Mañana comienza nuestra vida,
nuestra única vida para vivir.
Al són de una sinfonía de pututos,
otro día, tenemos que bailar.
Hermanos indios hay que bailar.

Yo quiero saber leer y escribir
para sellar mi nombre en la eternidad,
mi nombre pétreo en el cielo de mi heredad.

Mis ojos no leen tus letras,
hombre blanco de mi vecindad,
ni saben decir mis labios roqueños
tus palabras de español.

Per Tú, Maestro,
eres nuestro lenitivo y libertario
de las sombras y la esclavitud...

Para eso tengo en los ojos tanta luz,
y en la garganta tantas fuerzas para cantar.

Entonces, asidos en abrazo fraterno,
en corro bailaremos la única kachwa
sobre nuestras sierras indianas en flor.

Signo

Dulce cielo, rostro de abuela,
tú nos vienes a cantar, como siempre,
tu canción de luminaria y dulzor.

La luna nueva,
la Luna buena
preside el ángelus recogido,
en el corazón devoto del poblado.

En tropel, con el balar de la majada
viene aleteando hasta nuestros labios
el nombre de la pastora adorada.
Hay un sabor de llagas en el corazón dolido.

En la arboleda vecina
los jilgueros de la noche
comienzan su borrachera;
el rebaño de Pascua,
desde las pircas, va claveteando
con sus ojos a la Luna nueva.

El río veterano nos envía
en el cántaro de barro,
el mensaje de su pureza rediviva.

Inician ya las estrellas
sus sonrisas fraternas.

Hoy el cielo lampadario
tiene brazos amables.

Alerta, corazón de escarcha,
hay que templar el charango de la alegría
para el zapateo del corazón alocado.

EMILIO VASQUEZ

Romance del ciego

Este hombre se ha vuelto ciego,
se ha vuelto ciego este hombre
de tanto mirar el cielo.

En los montes de la sombra
en los desiertos del Sol,
su mirada es una honda
oración de doble voz.

Y contaba las estrellas
y perseguía las nubes
hablando solito apenas.

Sabía coger al vuelo
los colores de los pájaros
y los pájaros del cielo.

Pero una tarde la noche
fué noche eterna en sus ojos
y ahí está sin luz el pobre.

En la puerta del Mercado,
cantando coplas se pasa
la oscuridad de sus años.

Cantando coplas al cielo
con las manos suplicantes
pide limosna el ciego.

NICANOR A. DE LA FUENTE

Chiclayo, Perú.

La siembra

Avanzan despacio los bueyes de cobre
tirando el arado que rasga las fibras
—oh carne morena— de la húmeda tierra.

Los gobierna el hombre
de acero templado
en fraguas
abiertas a campos de estío
y en aguas
muy frías y blancas
de copas azules volcadas.

Atrás vase el chico que riega en los surcos
la sangre, su sangre hecha grano.

Y el surco palpita, retuerce y ríe
con ansias de vida.

El cielo es de paja y el aire es de vidrio.
La voz del gañán lo quiebra en pedazos:
Bajo . . . Bajo . . . Bajo . . .

Su vuelo dirigen a las nubes pardas
dos pájaros novios para hacer su nido.

La voz del gañán, cambiando su ritmo
incita a los bueyes con recio cariño:
Bajo . . . Bajooooooo . . .

Y sigue en los surcos cayendo
la sangre hecha grano.

ANAX MANDRO VEGA

Del relato de viaje «Ida y vuelta»

(Es el final del Cap. IV).)

Por la noche arreció el calor y también el mal tiempo. La hijita de los Schimth se sintió mal, por lo tanto, los papás se quedaron con ella; Freinhar se retiró también; mis compañeros decían que en sus camarotes era el calor insoportable, y determinaron pasar parte de la noche sobre cubierta, y, como se instalaran en sus sillas de lona con el propósito de dormir, Goetz y yo nos fuimos hacia el otro lado, alegres y felices de sentirnos los únicos capaces de desafiar el temporal.

Empezaron a oírse truenos en la lejanía; centellaban relámpagos de vez en vez y yo apostaba haber visto descender un rayo.

—Nos ha envuelto tan sólo una cola de tormenta, —se dolía Baarenfels,— ¡Mire Ud.!— y me mostraba a la distancia el tumultuoso empuje de las olas gigantescas,— Quisiera que nos envolvieran en toda su bravura,— pedía intrépido.

Y yo, contagiada de su audacia, me hacía un eco a sus deseos. No sé qué insata inconsciencia me hacía querer presenciar, a su lado, el desorden de los elementos.

—¿Ha visto Ud.?,—dijo de pronto excitadísimo—, Ha visto Ud. el aereolito?

—Ya lo creo,—respondí,— como un haz luminoso cavó al mar.

—¿Formuló Ud. un deseo?

—¿Y para qué habría de hacerlo?, —pregunté.

—¿No lo sabe? Ver un aereolito es señal de buena fortuna. Se acostumbra, entonces, pensar con intensidad, lo que uno más desee alcanzar, y, la tradición afirma que, siempre se obtiene el deseo.

—Lo cual quiere decir —lamenté, muy afligida,— que he perdido la ocasión.

—No puede ser,— se dolió generoso, —sigamos mirando, acaso caiga algún otro.

Y así diciendo me aproximó a la baranda, a fin de hurgar en el firmamento una nueva manifestación de gracia.

Avanzaba el buque tocando sirena. Su quilla hendía majestuosa las aguas que se encrespaban furiosas, haciendo trepidar el casco. Goetz, se asió del mástil, en el cual yo me apoyaba, rozando mi espalda con su brazo. De pronto se hizo mudo ruego la presión latente del hercúleo brazo. Su anheloso respirar llegó a mi oído; tocó mi cuello desnudo la frescura de sus labios mojados de brisa. Yo quise huir: ahora o nunca, —pensé. Retumbó el trueno; se quejaban las aguas; imploraba el viento: la naturaleza toda conspiró. Sea, dije, y me volví hacia él. Se iluminaron los cielos con el suave resplandor de los relámpagos, y, como impedidos por magnética fuerza en un solo y mismo impulso, se juntaron nuestras almas.



Hortensia Luna de la Puente

Se calmó el Océano; aflojó él la férrea presión de sus brazos, y, ansiosa miré yo en sus ojos, indagando en ellos, no, en el cielo la respuesta a mi deseo.

Húmedos y graves me miraron; mas sólo por un instante. A punto se tornaron díscolos, y, con risa livana y maliciosa, oí que se jactaba:

—Tranquila puede sentirse su conciencia puritana. Puede Ud, afirmar y, con verdad, que no me ha sido fácil. Me he viso obligado a sutilizar mi táctica. ¡Nueve días en el mar, equivalen a nueve meses en tierra, le aseguro: una eternidad en el amor!

¡Con que eso era; su famosa táctica, y yo, lo había ovidado!

La sorpresa y el rubor no ahogaron en mis labios la respuesta, que surgió pausada:

—Muy otra es la razón que yo tengo para darle a mi conciencia, por si le place saberlo, é inmediatamente me alejé, sin darle tiempo a que osara detenerme.

Desvanecídose había, por completo, la emoción sublime que temblando me acercara a él.

—He conocido a la bestia que hay en el hombre, —dije, recordando la avidez de su caricia.

Y cosa extraña: no sentí enojo ni rencor: puro instinto,— concluí,— no merece una lágrima de mis ojos, ni un sonrojo de mi alma,— y sonreí, no me asusta su táctica sajona: pues, no es con arrogancia como se domina a mujeres como yo. Me cree ya en sus manos; pero olvida que, corre por mis venas sangre hispana. El ha empleado la estrategia y la rudeza del teutón; yo usaré para vencerle, la elegante y diestra capa del toreador español.

HORTENSIA LUNA DE LA PUENTE

Del pasado peruano

Dos cronistas del Incario

POR RAUL PORRAS BARRENECHEA

I

Juan de Betanzos

(1510-1576)

La biografía de Betanzos es obscura y novelesca. Hombre retraído de la fama y de las grandes hazañas, soldado inédito de la conquista del Perú que no figura en ninguna acción principal ni se sabe bien cómo llegó al Perú, se destaca más tarde por méritos extraños a su profesión y a su época; es uno de los primeros quechuístas y se casa con una hija de Huaina Capac que había sido concubina de Francisco Pizarro. Una hija suya, doña María de Betanzos, quebranta por amor la regla de un convento y escandaliza con su liviandad al Cusco religioso del siglo XVI y a su propio padre, quien la deshereda. El amor y los conflictos domésticos de su honra le dan la celebridad que no le dieron los hechos de armas. Pero también la *Suma y Narración de los Incas*.

Dícese que nació en Galicia en 1510. Alguien sugirió que vino al Perú como compañero de Pizarro en 1531. Pero no figura en ningún documento, lista ni relato primicial, ni siquiera como testigo. Su nombre no consta ni entre los apresadores del Inca, ni entre los fundadores del Cusco, Lima o Trujillo, ni en el alarde y reseña de los numerosos soldados de Alvarado. Es posible que llegara para el sitio de Lima o después, hacia 1539. Por otra parte, se sabe de un Juan de Betanzos que residía en Cuba en 1539. El Padre Angulo afirma que Pizarro le nombró intérprete oficial, cargo que le confirmó más tarde la Audiencia de los Reyes. En las guerras civiles estuvo al lado de Gonzalo, y siguió a Carvajal en su expedición a Charcas contra Centeno. Era hombre de confianza del Demonio de los Andes, y éste le comisionó para que vigilase un socorro de soldados que envió a Valdivia a Chile, y que se regresó de Tarapacá. Un cronista dice que era "amigo y paniaguado" de Carvajal. Poco después le prenden las gentes de Gasca en Santa, llevando una carta de Juan de Acosta, que estaba en Trujillo, a Gonzalo Pizarro que estaba en Lima. El *traidor* se vuelve *leal* y forma parte del ejército de Gasca que reduce a Gonzalo Pizarro en Xaquixaguana. Por esta época ya era quechuísta: y, establecido en el Cusco, en el barrio de Carmenca, trabajó en un libro de doctrina cristiana, en quechua, que serviría acaso a los jesuitas para el original del primer libro peruano, compuesto en 1584, y dos Vocabularios, "Uno de vocablos y otro de noticias y oraciones enteras y coloquios y confesionario", en cuya composición empleó "seis años de su mocedad". Por esta época debió de residir en Lima, pues era intérprete oficial del reino, y el Virrey Antonio de Mendoza le ordenó escribir las tradiciones incaicas que conocía, lo que hizo el año de 1551, terminando la Suma y Narración. Casado con doña Angelina, quien disfrutaba de una valiosa encomienda y vuelto al Cusco, sirvió de intermediario por sus conocimientos del quechua y por su vinculación con los *capaccuna*, señores del Cusco — entre los Virreyes y los Incas de Vilcabamba. Por su intervención directa se logró la renuncia de Sayri Tupac a la borda inkaica. Betanzos fué encomendero de Caquiquixana, módica encomienda. Casó en segundas nupcias con doña Catalina de Velasco, y murió, según Angulo, en el Cusco, el 1º de Marzo de 1576.

La crónica de Betanzos es una historia de los Incas, desde las leyendas de su origen hasta el reinado de Pachacútec, en que se interrumpe el manuscrito. Según Means, el manuscrito original de Betanzos constaba de dos partes. Hoy se posee sólo copia de una parte existente en el Escorial, mientras el original se quemó en Madrid, antes del siglo XVIII, en manos del Licenciado Castro.

La parte salvada de la obra es demasiado sumaria para relatar la historia pre-incaica—reducida a unas cuantas fábulas—; es totalmente deficiente sobre el período de los Incas que va desde Manco Cápac a Yahuar Huácac, y se extiende pormenorizadamente en los reinados de Viracocha y Pachacutec. En realidad es una biografía del Inca Yupanqui, príncipe imperial y Capitán casi rebelde de los ejércitos de Viracocha, que bate a los chancas y reina luego, en vida de su padre, bajo el nombre de Pachacútec, demostrándose gran administrador, reidificador del Cusco, canalizador de la ciudad, reformador del calendario y renovador de la organización económica y social. sE también la reseña más detallada de la guerra de los Incas contra los Chancas y una historia de la segunda fundación del Cusco.

Históricamente Betanzos se anticipa a la tesis que se ha dado en llamar toledana, sobre la tardía formación del Imperio Incaico, el que sólo comienza a existir verdaderamente desde la época de Pachacútec. En su relato, los chancas dominan regiones vecinas al Cusco, al Norte y al Sur de éste, y los Incas apenas cuentan con el apoyo problemático de algunos caciques vecinos. La confederación se crea por el ataque de los Chancas y el genio creador de Yupanqui. Veinte años antes de la venida de Toledo, Betanzos recoge, sin presión ninguna ni interés de Estado, la misma tesis que después comprobarón los historiadores de la época toledana.

El relato de Betanzos es áspero, rústico, pobre de lengua y de los más monótonos y difíciles de leerse entre los cronistas. Carece de agilidad y de gracia y es incapaz de un comentario personal. Riva Agüero ha sostenido y le ha seguido Sánchez, que se trata de un cantar épico quechua literalmnete traducido. Puede aceptarse para esto para lo que se refiere a ciertos episodios ocurridos entre Viracocha y su hijo Yupanqui pero hay que convenir que se trata de un cantar moroso y con muy poco aliento épico. Lo demás es pura prosa. En realidad es un relato heroico en prosa, trasmitido oralmente. El propio cronista nos dice que él ha "traducido" fielmente lo que le contaron los naturales pero también que ha "recopilado" de diversas fuentes: "Traduje y recopilé siendo informado de uno sólo sino de muchos", dice al Virrey Mendoza. Agregó además datos útiles sobre los ceremonias que se realizaban en las fiestas inkaicas, como su minuciosa descripción del huarachico y sus notas sobre el ídolo del Sol, los meses incaicos, métodos de construcción de los arquitectos quechuas y forma de aderezar las momias, elementos éstos que contribuyen a alejar la impresión de cosa poética que podría atribuirse a la prosa ramplera y descolorida de Betanzos.

El cronista mismo nos refiere que cada momia de los Incas tenía un funcionario especial encargado de hacer cantares " en los loores de los hechos" de cada Inca, los que se cantaban por las mamaconas y yanaconas en las fiestas, comenzando por la "historia y loas de los de Manco Cápac". Es posible que el guardador de la momia de Pachacútec, a quien conociera Betanzos, fuera bardo de numen endeble y burocrático, y que de él provenga el informe y soporífico relato del cronista.

Pero si nos resistimos a encontrar restos de poesía en la torpe prosa de Betanzos, hallamos sí en él la adopción de una leyenda que pudo haber informado un ciclo de cantares alrededor de la figura de Pachacútec: todas las cualidades y méritos se acumulan en el héroe de la leyenda que es el príncipe Inca Yupanqui, hasta la inverosimilitud, mientras su padre resulta arquetipo de cobardía, crueldad y deslealtad. La crónica de Sarmiento de Gamboa nos confirmará en este supuesto; en ella se relatan hechos ocultados en la de Betanzos, como la insurrección de Yupanqui contra Viracocha, la soberbia y crueldad de éste, sucesos históricamente más viables y verosímiles que los que relata la loa o crónica de Pachacútec sobre la recia figura de este Alejandro Magno de la América precolombina.

II

Juan Santa Cruz Pachacutic

1620

A don Juan Santa Cruz Pachacutic Yamqui Salcamaygua se le ha denigrado en exceso como cronista. Indio españolizado, falsario y cucufato, enemigo de los Incas y acérrimo atahualpista, le han llamado los más altos árbitros de la crítica histórica española y peruana. Podría suavizarse este juicio pasando por alto las puerilidades religiosas del autor y la amena jerigonza de su estilo, para calar otros valores esenciales de su relato. Cierto que el indio cristianiza demasiado su crónica, sobre todo al comienzo, con la leyenda de Tonapa—Santo Tomás y sus 7 mandamientos— y hasta con la alusión a la inmersión de Inca Roca en el lago Titicaca, con visos a escena del Jordán. Pero esto parece más bien maña de indio viejo que se pone a salvo de azotes y corozas que convicción profunda. Para librarse de responsabilidades, más que por otra cosa, el cronista asienta "que todos sus antepasados paternos y maternos fueron bautizados" y asperja su crónica con diatribas contra el demonio, disfrazado entre los indios de hapiñunnu y achacalla (demonio-duende) y escribe: "Los demonios son príncipes de la mentira y falsía y el verdadero negocio y palabra es Dios". De todos los cronistas indios o indianizantes—Betanzos, Titu-Cusi, Huamán Poma y aún Garcilaso —Santa Cruz Pachacutic me parece, sin embargo, el más directo y veraz y quien nos dá la versión más pura de la historia incaica.

La crónica de Santa Cruz Pachacutic es, en mi opinión, la simple traducción al español de los cantares históricos del pueblo incaico sobre las hazañas de sus monarcas. El mismo dice en la introducción de su libro, que trasmite "las historias, barbarismos y fábulas del tiempo de las gentilidades" que escuchó siendo niño. Consta por su misma crónica que los cantares épicos del ejército Inca que componían las "loas" de las batallas eran collas. Santa Cruz era Collagua de Canchis y de familia noble de su región. Cada capítulo de su crónica es un cantar sobre la vida de un Inca. Diez cantares dan diez capítulos. Los Incas sin hazañas guerreras no tienen texto aparte. La técnica del canto épico está palpable en todo el libro y lo que se censura a Pachacutic de exageración o puerilidad es precisamente quilate de su veracidad, porque es tan sólo la veracidad del autor al texto poético que traslada. No son sólo los himnos religiosos de los Incas, intercalados en su relato, los que trasmiten esta impresión, aunque estos sean también una huella de los poemas primitivos. Es la técnica misma del relato lo que denuncia el fragmento épico; son las frases y parlamentos breves de los héroes

EDITOR:
J. García Monge.
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscrición mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — *José Martí.*

DOS TOMOS: $ 5.00
Giro bancario sobre Nueva York
EXTERIOR:
UN TOMO: $ 3.00
oro am.

los rápidos procedimientos descriptivos de situaciones y personajes propios de la leyenda oral, el recurso a lo mágico o maravilloso en circunstancias extraordinarias y la viveza y el brillo superstite de ciertas metáforas y giros poéticos admirables. Jiménez de la Espada se refirió despectivamente a la calidad literaria de la obra, hablando de la indiana algarabía de su estilo y de su prosodia y sintáxis desbarradas, pero cabía también haber reparado en sus bellezas literarias de primera mano. Bastaría citar el apóstrofe de Inca Yupanqui, que el autor trascribe en quechua "Cusco, capacpac chyraclay yanapanay maypimcanqui (Cusco, Tú que sólo al potente puedes sustentar, ¿dónde estás? Ayúdame), las apariciones de personajes misteriosos como el monstruo que aparece cuando la invasión chanca, "bestia de media legua de largo", la del mancebo que anuncia su triunfo a Viracocha o el que entrega un libro (sic) a Pachacutec y desaparece, pero sobre todo los capítulos relativos a Huaina Capac y Huáscar. En lo relativo al primero se comprueba que el autor trasmite la "loa de la batalla" y en determinado momento suspende su relato pormenorizado y dice que no conoce los episodios porque los Collasuyos, que eran los bardos del ejército "no estaban allí". En cambio, qué movimiento poético el de las siguientes escenas: el resentimiento de los orejones con Huaina Capac, semejante a la cólera de Aquiles, el episodio de la laguna de Yahuarcocha con su "sauce temerario" y la partida de Huaina Capac de Pasto, quien "da rayos a los pies", cercado de agüeros y visiones de fantasmas que le anuncian la peste y, por último, la muerte del Inca, como de cuento oriental, por el maleficio de una mariposa traída en una caja por un mensajero divino. El cantar de Huascar abunda también en diálogos, apóstrofes como el de "Cocahacho ysullaya" (bastardo comedor de coca), los lamentos de Huáscar y su castigo por haber pecado contra las huacas y las vírgenes del Sol, de pura procedencia épica. Los 7 millones de hombres que se enfrentan en la batalla de Uttsupampa no son invención del autor, sino trascripción del poema, el que recurría, como todo canto épico, el método amplificador de la leyenda.

Los hechos relatados por Santa Cruz Pachacutic constan en otros cronistas: Sarmiento de Gamboa y Cabello de Balboa bebieron probablemente en los mismos cantares, pero Santa Cruz Pachacutic conservó intacta la frescura primitiva del poema original... Los otros escardaron el texto de elementos maravillosos, él tuvo el mérito de no haber suprimido la poesía, que es también de la más honda historia de un pueblo.

Se carece de datos sobre la vida de Santa Cruz Pachacutic. Se sabe por él mismo que fué natural de Santiago de Hanaguayagua y Huriahuaciachi de Urcosuyo, cerca de Canchis en Collasuyo. Su padre se llamó Diego Felipe Condorcanqui y dos ascendientes estaban en Cajamarca en el ejército de Atahualpa cuando entraron los españoles. No obstante esto y que trascribe la versión exacta de los ultrajes hechos por Quisquis a Huáscar y sus parientes, no hallo en el cronista una exaltación personal por el monarca quiteño, que justifique el epíteto de atahualpista. Su relato tiene la objetividad característeca de los cantos épicos.

Lima. Perú.

Noticia de libros

(Indice y registro de los que nos envían los Autores, Centros de Cultura y Casas Editoras).

Las divulgaciones útiles:

Estructurando un plan contra el peligro venéreo. Por el Dr. José Amador Guevara, Jefe del Departamento de Lucha Antivenérea de la Secretaría de Salubridad y Protección Social. Una conferencia en un folleto. San José, Costa Rica, 1943.

La Universidad de Antioquia, en Colombia, tiene una gran Revista. Hay también ediciones de la *Rev. de la U. de A.* Hemos recibido:

El pueblo antioqueño. 1942.

Es un envío del Director General de la Biblioteca de la Universidad: Don Alfonso Mora Naranjo. Lo agradecemos, lo estimamos en lo mucho que vale.

Con la Biblioteca de la Univ. de A.: Apartado 217. Medellín. Colombia.

Como envío de don Pedro Barrantes Castro, Editor de la *Revista de Economía y Finanzas, Educar* y *Club del Libro Peruano* (Casilla 2438. Lima. Perú):

Ernesto Reyna: *Fitzcarrald, el Rey del caucho.* (Contribución peruana al Centenario del Descubrimiento del Río Amazonas por españoles. Año amazónico). Lima. 1942.

La cubierta es de *Apurimak,* sobre un diseño de *Víctor Morey.*

(Atención del autor).

*

Del Dr. Vicente Dávila: *Bolívar intelectual y galante.* México, D. F. 1942.

Dice don Vicente estimadísimo: *"El presente escrito,* Bolívar intelectual y galante, *pone en relieve apenas unos cuantos pensamientos del Libertador de Colombia. La variedad de frases originales, bellas y sentidas que Bolívar estampó en sus dos mil y más cartas, publicadas hasta hoy son un trigal dorado, rico en espigas como que están cuajadas de trigo candeal".*

*

De Nicaragua nos llega:

Vengo de allá... por Pablo Steiner. Editorial Nuevos Horizontes. Managua de Nicaragua, año de 1943.

("Contiene episodios de la contienda de ideas y principios registrados en Europa antes de que Hitler emprendiera su diabólica invasión sobre los países autónomos".) ("un libro vigoroso, audaz, lleno de colorido").

*

Cortesía del autor y amigo:

Arturo Capdevila: *En la Corte del Virrey.* Estampas de evocación. Club del Libro A.L.A. Buenos Aires. 1942.

("¿Cómo era Bs. Aires y cómo vivía su gente cuando estaba ya por nacer la patria? Este momento es el que he querido fijar mostrando sus costumbres, sus maneras, su aire, en la calle, en la casa, en el salón, en el patio;..") ("Lo que yo quiero una vez más... no es sino animar aquel tiempo en la mayor aproximación posible al color de la vida").

*

Del Prof. Néstor Bermúdez (Consulado Gral. de Honduras, Calle 27 Nº 861, entre 2 y 4, Vedado. La Habana. Cuba):

Escritores de Honduras (Perfiles fugaces). Tomo 2do. 1941. La Habana. (50 perfiles).

*

Atención del autor: *Oro y miseria.* Por Antonio J. Arango. Manizales, Caldas. Colombia.

(Es una novela. De su autor dice Lus Alberto Sánchez: *"su presencia se señala siempre por un don espontáneo de originalidad"*).

*

Atención de los autores:

Miguel A. Macau: *Impresiones del Camino* (Prosa). 2da. edición. La Habana. Cuba.

(Con el autor: Calle 6 núm. 21. Miramar. Habana. Cuba).

Antonio J. Cano: *Madrigales y otros poemas.* Dirección artística de los Estudios Nuti. Medellín, año de 1935. Medellín, Colombia.

G. Humberto Mata: *Sumag Allpa.* 1940. Cuenca, Ecuador.

Con un prólogo de Juan Marín.

("Con Sumag Allpa, *Mata se coloca, de un golpe de alas, en la primera fila de los novelistas del continente...) (Título que significa* Tierra Hermosa: *pero mancillada por la codicia del gamonal, el sadismo del mayordomo, la lascivia del cura y la fría crueldad del gendarme).*

Con el autor: Aptdo. Núm. 277. Cuenca, Ecuador.

Antonio Reyes: *Teresa ante la vida y el verso.* Ediciones "Perfiles", Caracas. 1941.

En un cuadrito: Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Pedro de Alcántara.

("Pero el autor de estos comentarios... Simplemente ha tratado de humanizar lo más posible a Teresa de Jesús").

Con el autor: Apartado 889. Caracas. Venezuela.

*

Hemos recibido:

Annuaire Statistique de la Societé des Nations. 1940-41. Génève. 1941.